

RESEÑAS

Cristián Gazmuri, *EL "48" CHILENO. IGUALITARIOS, REFORMISTAS, RADICALES, MASONES Y BOMBEROS*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1992.

La política chilena de la segunda mitad del siglo XIX está dominada por la experiencia del "48", y específicamente por la de la Sociedad de la Igualdad. Reconstruir su impacto cercano y lejano es el objetivo de Cristián Gazmuri, quien no hace mucho publicó una cuidada biografía de Santiago Arcos, principal dirigente igualitario. El libro consta de dos partes bien diferenciadas: en la primera se reconstruye el proceso que culmina con la Sociedad de la Igualdad y el motín de Santiago de abril de 1951; en la segunda, donde se aplica puntualmente el modelo de análisis de la "sociabilidad política" de Maurice Agulhon, se sigue en forma analítica el impacto de esa experiencia en las dos décadas siguientes, particularmente en las nuevas formas de hacer política.

Para reconstruir la experiencia y significación de la Sociedad de la Igualdad, Gazmuri esboza un cuadro de la sociedad y de la política chilenas de la primera mitad del siglo pasado. Por una parte, un orden conservador autoritario, apoyado en las instituciones de 1833 y en la práctica política fundada por Portales, que expresan una sociedad y una cultura aristocráticas y tradicionales; por otra, una débil disidencia, liberal y "pipiola", más facciosa que doctrinaria, pero que se conecta con las tendencias, ideas, sentimientos y actitudes de Europa y sobre todo de Francia: el liberalismo primero, el romanticismo luego, cuya penetración, a través de los viajeros, reconstruye Gazmuri. Esta influencia se potencia en 1848: ya Benjamín Vicuña Mackenna había dejado testimonio del impacto que en Santiago—casi tanto como en París—provocó la *Historia de los girondinos* de Lamartine, que revive la tradición republicana. Del abigarrado conjunto de tendencias, ideas y propuestas del "48"—subraya Gazmuri con Agulhon—es necesario mirar sobre todo la consolidación de la política burguesa; la instauración del principio del orden por una parte, y la consolidación de una nueva forma de sociabilidad política, expresada en el "círculo" y el "club", por otra.

La recepción de las nuevas ideas del 48 en Santiago está mediada por dos circunstancias: la crisis política que desde 1849 antecede la sucesión presidencial de 1851—ruptura del presidente Bulnes con su ministro y seguro sucesor Camilo Vial, alianza con Montt y pasaje de aquél a la oposición liberal—, y la aparición—un poco en la realidad, mucho en el imaginario—, de los artesanos de Santiago como un actor político potencial. Gazmuri intenta—con poco éxito—cuantificar su presencia y también detectar signos precursores de alguna "rebeldía" y concluye

que probablemente su imaginario social sintonizaba al menos con las tendencias modernizadoras de la oposición liberal. Lo cierto es que para jóvenes inquietos con experiencia parisina —Santiago Arcos, Francisco Bilbao— la ecuación era clara: había llegado la hora de construir un movimiento político que, a la manera de París, potenciara la acción de los jóvenes progresistas con el apoyo respetuoso de los artesanos conscientes. La Sociedad de la Igualdad, fundada a principios de 1850, tuvo al principio ese carácter de club republicano y "socialista": asambleas, programas, debates, y cursos para educar a los artesanos, cuya participación fue importante al punto que algunos de ellos integraron la dirección. Pero desde mediados de año, la Sociedad fue copada por la oposición liberal, que vio en ella un excelente instrumento para enfrentar en la calle y en la prensa al gobierno, según una dinámica bastante conocida en coyunturas preelectorales. Significativamente, Santiago Arcos abandonó por entonces la Sociedad, que llevó al máximo su enfrentamiento y provocó la intervención del gobierno, que la disolvió. Allí se cortó la breve ligazón entre artesanos y jóvenes radicales: cuando los opositores organicen el pronunciamiento militar de abril de 1851, muchos artesanos participarán de su represión en los cuadros de la Guardia Nacional.

Hasta aquí la reconstrucción es clásica y correcta. En la segunda parte Gazmuri se interna en un terreno más novedoso y lo hace con hipótesis más fuertes: el "espíritu del 48" guía a la "generación liberal" que en las décadas siguientes se constituye como alternativa al régimen conservador, y triunfa a principios de los años setenta, con la presidencia de Federico Errázuriz y la reforma constitucional. La "generación joven" de la oligarquía, o de la "burguesía" (no está claro si son equivalentes o sucesivas) realiza el programa político del "48", pero no el social. Gazmuri recorre dos caminos. A través de las técnicas de la prosopografía reconstruye las listas de las asociaciones políticas y sociales de la segunda mitad del siglo y encuentra una presencia recurrente de hombres que hicieron sus primeras experiencias en la Sociedad de la Igualdad, y luego un gradual trasvasamiento a lo que llama los "burgueses" entre quienes predominan los empresarios del Norte chico. Aquí, la prueba son los nombres mismos, y algunas alusiones a sus ideas políticas. El otro camino —central en su tesis— es la verificación de la conformación de estas nuevas formas de sociabilidad política, ligadas al club o al círculo republicano y proyectadas en lo social en asociaciones filantrópicas. Desde 1864, los radicales, con base en Copiapó, se organizan en "asambleas electorales" que le dan al movimiento cohesión nacional mucho antes de que se constituyan en partido formal, en 1888. Entre 1868 y 1874 funciona el Club de la Reforma, donde facciones políticas habitualmente enfrentadas (como los monttvaristas y los radicales) pueden coincidir en una propuesta común y acotada. Durante esos años florece la masonería, y también los bomberos voluntarios, que reclutan a sus miembros entre los miembros de la aristocracia joven y la nueva burguesía. Esas formas de sociabilidad corresponden a uno de los tipos definidos por Agulhon: formales, masculinas, predominantemente "burguesas", republicanas y democratizantes, liberales pero partidarias de una acción firme del Estado para el progreso, europeístas y positivistas, laicas y anticlericales. "Radical, bombero y masón" suelen ser las connotaciones de los progresistas de entonces.

El libro de Gazmuri es sólido en lo heurístico y en lo interpretativo, y sin duda arroja una luz nueva sobre la historia política de la segunda mitad del XIX chileno. Abre algunos caminos novedosos, pero quizá no termina de aprovechar todo lo que sus materiales le ofrecen. Señalaré primero un punto que me parece menor —el de los artesanos— y luego otro que creo principal: el de las relaciones entre sociedad y política.

Correctamente, y contra una tradición arraigada, Gazmuri reduce la importancia del fenómeno artesanal en la Sociedad de la Igualdad: no se trata de una primera experiencia socialista sino

del despuntar de la política burguesa. Subraya Gazmuri que aparece en el cruce entre una realidad social nueva y un proyecto político constituido en el imaginario que, como su referente francés, necesitaba de los artesanos. Dicho esto, subsiste la pregunta: ¿por qué los artesanos se convirtieron en objeto de una propuesta política?

Quizá la cuestión se iluminaría con una referencia al marco hispanoamericano, rico en episodios de este tipo: los artesanos y los liberales de Bogotá, el episodio de Belzú en Bolivia, los extraños apoyos de Antonio Leocadio Guzmán en Caracas, la relación, más singular aún, de Rosas con esa "gente de chaqueta" que en todas las ciudades hispanoamericanas adquiere por entonces visibilidad. Gazmuri trata de entender esa presencia contándolos, lo que es muy problemático dada la información censal disponible, y también por algunos errores gruesos que comete (5 000 hilanderas, mujeres campesinas que tejen, que suman un sexto del total, son presentadas como urbanas). Tampoco es muy fructífero intentar su agrupamiento por ramas de actividad (puedo dar fe, pues he recorrido este camino) se trata de verlos, por una parte, en el marco de una diversificación y modernización de la producción urbana, movida por cambios del consumo, y por otro en el contexto de una incipiente transformación de las pautas sociales, por la cual el sector artesanal se va desprendiendo, en su propia visión y en la de los otros, del conjunto de la plebe "rota" y se convierte en el sector respetable, sobre el cual se proyectará no sólo el imaginario político sino también el moralizador, con las clásicas Cajas de ahorro y la templanza.

Si después de 1851 esta segunda proyección es rara, la primera sigue vigente, y crece a medida que el sector artesanal se expande —Gazmuri anticipa demasiado su desaparición, que anuncia ya en 1850— hasta llegar a su apogeo y madurez hacia 1875. También son importantes —aunque sabemos poco de ellas— las formas de organización propias, como las mutuales, mucho menos espectaculares que la Igualitaria pero probablemente más significativas en el proceso de constitución de una identidad que en las décadas finales del siglo estaba ya madura. Quizás esa identidad tuvo poco que ver con la experiencia de la Sociedad, pero muchos lo creyeron así, y gustaron de inventarse esa tradición —Gazmuri lo comprueba en relación con el nombre y el recuerdo de Francisco Bilbao—, lo que también es una realidad histórica digna de ser tenida en cuenta.

La segunda cuestión tiene que ver con la relación entre sociedad y política. Gazmuri se ubica en un camino fructífero, que discurre entre dos extremos estériles: la pura historia política, de hombres y partidos, y la subsunción de la política en una determinación social por otra parte esquemática y cuestionable. Ese camino obliga —como lo hizo Tocqueville y en sus mejores momentos Marx— a encontrar los nexos que relacionan la sociedad civil y el Estado. Siguiendo a Agulhon, Gazmuri utiliza el concepto de "sociabilidad", que aunque tiene mucho de nueva dominación para fenómenos conocidos, subraya adecuadamente dos cosas: una fuerza política se constituye a partir de una práctica social específica, y ello ocurre en ámbitos pautados, donde se produce el cruce de prácticas y discursos, y donde éstos son leídos y resignificados a través de un colectivo.

Pero Gazmuri se queda en la verificación de la existencia de estas formas de sociabilidad —el club radical o los bomberos, cuya significación no aclara—, y pasa de su descripción morfológica directamente al plano de las ideas, sin incursionar en las prácticas sociales específicas. Así, pese al aparataje de la "sociabilidad", el "espíritu del 48", que reaparece cíclicamente, opera en su texto como *Deus ex machina* para explicar cosas diversas. De las ideas pasa al relato político, pero allí no utiliza la riqueza potencial de nuevos actores —específicamente políticos— que está implícita en el concepto de "sociabilidad", y alterna, junto con el repertorio

tradicional de hombres y partidos, otros de índole más imprecisa e indefinida, como la "oligarquía", la "burguesía", o la "juventud oligárquica".

Queda sin plantear un problema central que ha sido largamente considerado en los casos europeos. Desde la Revolución Francesa se propone como modelo —asumido por todas las corrientes liberales— un sistema político basado en la igualdad jurídica y en el supuesto de una sociedad individualista. Esa institucionalidad liberal, ideal pero ampliamente legítima, debe adaptarse en Chile a una sociedad que conserva los rasgos del Antiguo Régimen, que se funda en la desigualdad y la jerarquía y que veda o regula limitadamente la posibilidad de la participación electoral. La forma en que este desnivel es resuelto y, por otra parte, la progresiva constitución de las instituciones de la sociedad civil en las que se fundamentarán los sistemas políticos modernos, son las cuestiones claves para entender el desarrollo político del siglo XIX. Éste es el camino que Gazmuri promete recorrer, cuando habla de la "sociabilidad", y por el que sin dudas es necesario seguir avanzando.

LUIS ALBERTO ROMERO

Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, *LOS TRABAJADORES DE BUENOS AIRES. LA EXPERIENCIA DEL MERCADO: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, 327 páginas.

Durante el período 1850-1880, sugieren los autores, se formó un mercado de trabajo libre y unificado en Buenos Aires. Se extendieron los mecanismos mercantiles en las relaciones de trabajo y, así, el mercado pasó a ocupar un lugar central en la experiencia de los trabajadores, inmigrantes y nativos. Los dos primeros capítulos de este libro presentan el escenario general: el crecimiento de la ciudad, el desplazamiento de los mercados, los cambios en la fisonomía de la campaña. La economía lanera genera comparsas de esquiladores, empresas acopiadoras y nuevos puntos de concentración en la ciudad. El ferrocarril, menos elástico, tarda en desplazar las empresas de carros y carretas. Otros cambios no menos trascendentes afectan el mundo del trabajo en ciudad y campaña: las tiendas elegantes, los nuevos mercados de frutos, las fábricas de artículos de consumo, la extensión del régimen municipal. La inmigración acelera el crecimiento poblacional a la vez que hace disminuir las tasas de participación (en el caso del trabajo femenino la disminución es dramática). El trabajo asalariado se torna dominante hacia 1880. Pese a tales transformaciones, la estructura ocupacional muestra similares características en 1850 y en 1880: un sobredimensionado sector terciario y la presencia notable del trabajo ocasional. Desde el comienzo, la elevada movilidad ocupacional y geográfica y la limitada especialización caracterizaron este mercado en expansión (capítulo 3). Cuatro sectores (capitalista, autónomo, administración pública y servicio doméstico), actuando con reglas de reclutamiento y retención propias en las que se mezclaron los incentivos económicos, la coerción y el paternalismo, conformaron la demanda de trabajo. En el sector capitalista predominó el empleo ocasional de baja calificación, sujeto a fuertes variaciones estacionales y cíclicas. La oferta de trabajadores, formada por inmigrantes y migrantes provincianos, fue notable por su homogeneidad. La competencia creciente de la inmigración junto a la coacción a que estuvieron sometidos los trabajadores nativos tendieron a modificar la naturaleza del trabajo ocasional: de opción alternativa de subsistencia a refugio

obligado para los caídos o los recién llegados. Así, por medio de una mayor movilidad ocupacional y geográfica, la oferta de trabajo se flexibilizó; el mercado se hizo más homogéneo.

Se analizan luego las diversas formas del trabajo: ocasional, asalariado, coactivo, por cuenta propia y calificado. En el capítulo 4 cobra importancia la distinción entre trabajo ocasional como modo de vida y como alternativa al desempleo. Esta segunda forma reemplazó gradualmente a la primera y logró cierto grado de "aceptación social" al final del período. El capítulo 5, dedicado al trabajo asalariado, es en realidad una revisión de las formas de contratación, pago y medida del salario en la totalidad del mercado. El capítulo 6 reúne varias formas de trabajo coactivo: la servidumbre doméstica, las leyes de vagos, el trabajo de convictos, y los menores criados. Resulta aquí interesante la discusión de la difusión de los adelantos en dinero en los contratos de trabajo rural. En el capítulo 7 los autores revisan los distintos espacios en que se contrata y regula el trabajo calificado. Su foco es el problema del aprendizaje. A diferencia de los países europeos y de Estados Unidos de América, el aprendizaje formal no logró consolidarse y, demasiado rápidamente, el artesano afrontó la amenazante presencia del trabajador semiespecializado de los grandes talleres. En el tratamiento del trabajo por cuenta propia (capítulo 8) se distinguen tres formas en relación con la existencia de ayuda familiar y de trabajadores contratados. Cobra importancia aquí la discusión de la "habilitación" entre los dependientes de comercio y del papel crucial del crédito (proveedores, alquileres impagos) para la supervivencia de la empresa familiar. Las conclusiones del estudio sintetizan los hallazgos e incorporan nuevas sugerencias. La economía bonaerense del período 1850-1880 hizo posible un espacio no marginal para cuentapropistas y trabajadores ocasionales, al tiempo que la forma salario se tornó hegemónica en las relaciones sociales. Las infinitas historias individuales de los trabajadores se reducen a dos modelos o rutas: ascender o descender. Cada grupo de trabajadores emprende estas rutas con distintos dones y atributos: los inmigrantes poseen más alternativas que los criollos, los hombres más que las mujeres y los niños; la mayor calificación, sin embargo, no es una ventaja autoevidente.

La evidencia que aporta este trabajo es fundamental. La reclasificación y tabulado de la información censal sobre ocupaciones de los censos de 1855, 1869, 1881 y 1887, así como las 24 tablas que desagregan diversos indicadores relacionados con la oferta laboral en sus componentes de sexo, edad y origen representan una valiosa contribución. El análisis de la evolución de las tasas de participación laboral del capítulo 1 es impecable. En contraste, el análisis sobre estructuras ocupacionales deja algo que desear: el lector se queda sin una impresión adecuada del cambio experimentado entre 1850 y 1880. La visualización de los cambios en las oportunidades de trabajo durante el período depende, en realidad, de la evidencia cualitativa (las formas nuevas de trabajo de la actividad ovina, la mecanización de algunas actividades, la llegada del ferrocarril, los nuevos hábitos de consumo). El uso de fuentes policiales para estudiar a los trabajadores ocasionales y la lectura de legajos del tribunal comercial para describir el mundo de los cuentapropistas resultan ingeniosos y muy eficaces. En estos capítulos (4 y 8) se encuentran los pasajes más cercanos a la experiencia de los actores (véase, por ejemplo, las citas sobre costureras viudas o sobre dependientes habilitados).

En otros pasajes, la falta de evidencia constituye un problema. Argumentos sobre la creciente movilidad de los trabajadores y sobre la decreciente diferenciación entre las ocupaciones aparecen insuficientemente documentados. Del mismo modo, la discusión sobre la evolución de las dos formas del trabajo ocasional permanece en el nivel de la especulación. Por su importancia, ambas tendencias merecerían algún tipo de comprobación cuantitativa o un análisis comparativo de historias de vidas que confiara plausibilidad a las hipótesis.

Preguntas centrales como las que se plantean los autores en el capítulo 5 (“¿Eran altos los salarios en el Río de la Plata?”) no encuentran respuestas adecuadas ante la falta de series de salarios e índices de precios. Algo similar ocurre en el capítulo 8, donde los autores comentan, sin aportar evidencia, que la mayoría de los cuentapropistas que fracasaban no abandonaban sus posiciones por otras más bajas. Un análisis de cifras sobre quiebras comerciales hubiese dado mayor credibilidad a esta proposición.

En relación con los trabajos pioneros de los miembros del CISEA-PEHSA —un programa que privilegió una historia “desde abajo” de la cultura y de la experiencia de los “sectores populares”— el libro ofrece al lector una dosis de historia social y cultural menor que la esperada. Un excesivo afán taxonómico y descriptivo de los diversos tipos de trabajadores reemplaza la búsqueda de regularidades culturales ligadas a la experiencia del mercado de trabajo, el examen de cuestiones de identidad social y política o el planteo de la peculiaridad del capitalismo agrario bonaerense. Tal vez más notable es la falta de las voces de los trabajadores en proposiciones referidas a sus valoraciones, percepciones y sensaciones. La interpretación de los autores acerca de las alternativas que enfrentaban diversos tipos de trabajadores y de sus posibles o imaginadas respuestas sirve de sustituto no cercano al mundo de la experiencia de los trabajadores —un mundo necesariamente mediado por lenguajes, formas narrativas y códigos de interpretación propios que requerirían un abordaje diferente—. Es posible que las rutas de ascenso y descenso constituyan los ejes de las historias de los trabajadores porteños. Pero sólo un estudio más cercano del lenguaje de estos agentes podrá darnos una respuesta más conclusiva a este respecto. El aislamiento textual del trabajo complica nuestra interpretación acerca de sus contribuciones. Las conclusiones del estudio, aunque importantes, aparecen un tanto desconectadas de otros hallazgos, problemáticas, o debates —al menos, estas conexiones no aparecen explicitadas—. Una excepción importante se encuentra al final del capítulo 3: a diferencia de Estados Unidos y de Inglaterra, no hubo en Buenos Aires un proceso de proletarización basado en la destrucción de productores independientes, ni la defensa de la heterogeneidad de calificaciones propias de una cultura artesana. La economía de exportación bonaerense construyó una fuerza de trabajo homogénea de baja calificación que coexistió con un sector artesano minoritario, ambos sometidos a “mecanismos competitivos casi salvajes”. El contraste es demasiado importante y merecería una discusión más amplia. Sabato y Romero presentan un estudio repleto de reflexiones interesantes, descripciones valiosas y datos esenciales para la comprensión de la formación del mercado de trabajo en Buenos Aires. Como toda colección de ensayos sobre una problemática nueva —la naturaleza del mercado de trabajo, la coexistencia de diversas formas de contratación, la homogeneización de la oferta de trabajo a contrapelo de las tendencias de los países centrales, entre otras— el libro sugiere más de lo que comprueba. Aún así, las ricas y nutridas descripciones acerca de las vidas y estrategias de cuentapropistas, de trabajadores ocasionales, de artesanos inmigrantes y de mujeres plantean problemas no resueltos, hipótesis a confirmar y necesidades de cuantificar que estimularán nuevas investigaciones en la historia social y económica del período. El libro abre nuevos terrenos, proponiendo un debate adecuado a estos tiempos: la relación entre mercado y las clases trabajadoras, el análisis de la difusión de las relaciones capitalistas en relación con las estrategias de vida de los trabajadores. En el esfuerzo de dejar atrás viejas antinomias y de confrontar el significado real del advenimiento del capitalismo en la Argentina para la mayoría de su población, *Los trabajadores de Buenos Aires* constituye un excelente comienzo.

RICARDO D. SALVATORE

Julio Ramos, *DESENCUENTROS DE LA MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA. LITERATURA Y POLÍTICA EN EL SIGLO XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 243 páginas.

Este libro utiliza con notable fecundidad un tipo de indagación de la cultura en el que se articulan las referencias historiográficas con las técnicas de la crítica literaria y del análisis sociológico de los intelectuales. Propone un recorrido que opera mediante la extracción de algunos núcleos culturales del siglo XIX latinoamericano, para leerlos a través de la problemática de la modernidad. Según la perspectiva montada por Max Weber y actualizada por Habermas, la modernidad es considerada centralmente a partir del fenómeno de la autonomización de esferas de competencia (saber, poder, moral, belleza) y el consiguiente efecto de "desgarramiento" o "fragmentación" inducido por la escisión de lo que hasta entonces lucía orgánicamente conectado. Esta caracterización genérica resulta especificada en este caso por la circunstancia de que en América Latina dicha modernización constituiría un fenómeno de carácter desigual: de allí surge la tensión entre los intentos de autonomización de la literatura por un lado y, por el otro, las condiciones de imposibilidad de su institucionalización.

A partir del sistema cultural constituido en el período posindependentista (cuando las *letras* habían ocupado un lugar central en la organización de las nuevas sociedades latinoamericanas), Ramos formula la hipótesis de que la literatura había sido el lugar privilegiado para la invención de la ciudadanía dentro de la élite letrada. Las lecturas de Sarmiento y Andrés Bello son el ejercicio puesto en práctica para cubrir ese primer período, en el cual el *Facundo* condensa el proyecto de someter la heterogeneidad americana al orden racional del discurso, con la expresa misión de "cubrir el vacío". La hipótesis que funda el análisis es que en esa etapa, anterior a la consolidación y autonomización de los Estados nacionales, las letras *eran* la política. En su análisis del *Facundo*, Ramos se desprende provechosamente de la versión canonizada por la historiografía revisionista, desmarcándose de la interpretación de Sarmiento como un intelectual estrictamente importador del capital simbólico europeo, lo que le permite atender las complejidades efectivamente insertas en ese texto fundacional de la tradición intelectual argentina.

A medida que los Estados se consolidan hacia fines del siglo XIX, la institucionalidad intelectual se modifica profundamente. El breve trazado de la historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires permite, entre otras argumentaciones, observar el modo en que esa casa de altos estudios es diagramada como una instancia de "espiritualización" de la cultura frente a lo que las élites perciben como los efectos disolventes de un afán de riqueza inmoderadamente expandido en la nueva sociedad. Área cultural estetizada y crítica de la especialización serán así los pilares sobre los cuales se anuncia el modelo arielista, capaz de recomponer la fragmentación moderna y reconstruir al "hombre integral" cuyo modelo se buscará una y otra vez en la versión romántica de la Grecia clásica.

Pero si esta tendencia se avenía con la voluntad de autonomización del enunciado literario, el análisis de la relación entre el periodismo y la literatura en las últimas décadas del siglo XIX — centrado en *La Nación* de Buenos Aires — le permite a Ramos explorar las condiciones que llevaron a los escritores a depender del periódico. Uno de esos problemas, como ha sido reiteradamente señalado, es el del público, puesto que en América Latina hasta comienzos del presente siglo no se establece el mercado editorial. Emergen entonces numerosos lamentos de los

intelectuales frente a la ausencia de un público consolidado, así como demandas para que allí donde no llegaba el mercado llegara el Estado. De ahí que algunas funciones de la novela europea —como la representación del nuevo espacio urbano— fueran asumidas sustantivamente por formas como la crónica periodística.

Este movimiento en el plano institucional será acompañado por otro construido en las estribaciones del *Ariel* de Rodó. Lo cultural culminará por identificarse con el “ser” latinoamericano, y esta identidad se opondrá a ese Otro del Norte imaginado como un hermano-enemigo demasiado entregado —como dice Martí dentro de una saga sumamente extendida— “a los asuntos del bolsillo, con notable olvido de los asuntos espirituales” (p. 119). Pero he aquí que “el ensayismo del 900 repolitiza las estrategias de legitimación”, y mediante la noción de cultura se conduce la crítica del arte contra la modernización al centro mismo de los debates políticos. Esta “estetización de la política” explica los escasos seguidores de la ideología del arte por el arte en América Latina; explica asimismo que en esta repolitización de su escritura los intelectuales hallaran al mismo tiempo una fuente de legitimidad de su propia y amenazada identidad.

En esta estrategia de legitimación, la literatura era el discurso que aún podía representar lo autóctono y aquel origen que los lenguajes racionalizadores de la modernización resultaban incapaces de articular. De allí que la *forma* misma cumpla entonces una función política fundamental, como se podría por nuestra parte verificar en *El payador* de Lugones y su argumentación estética destinada a la invención de un linaje nacional.

Sería injusto cerrar este demasiado breve comentario sin referirse a los análisis de Ramos centrados en la ciudad y su representación intelectual. Sobre la base de expresas referencias que remiten inexorablemente a Benjamin se construyen algunos de los pasajes más estimulantes sobre esta temática en el análisis de la cultura latinoamericana, contribuyendo por fin a modelar este texto polemizable en más de un pasaje y al mismo tiempo en tantos aspectos ejemplar: por la inteligencia con que están seleccionadas las incursiones puntuales en la escritura del subcontinente; por la contemporaneidad de sus líneas de abordaje; por la focalización de la lectura a través de la lente de la modernidad, y por haber podido sostener la especificidad de una cultura sin ceder a concesiones habituales en un campo tan proclive a recaer en el círculo encantado de las antinomias generadas por la casi exhausta categoría de la dependencia cultural.

OSCAR TERÁN

Fernando J. Devoto, ESTUDIOS SOBRE LA EMIGRACIÓN ITALIANA A LA ARGENTINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1991, 229 páginas.

La publicación de este libro auspiciado por el Seminario di Studi Latinoamericani dell'Università di Sassari muestra tanto el interés de algunos de los centros de estudios científicos y culturales italianos por los problemas y la historia de nuestros países de la América iberoamericana, cuanto por el destino de millones de italianos que están fuera de su país. En ese sentido, la aparición de esta publicación manifiesta muy bien el foco de sus preocupaciones y premia a un estudioso de los italianos en la Argentina que había realizado una tarea académica encomiable en la misma Universidad de Sassari en varias estancias allí.

El libro en cuestión, editado en la lengua original —el español— aunque según las manifestaciones del mismo autor en la introducción, es mucho más modesto que lo que hubiera sido una historia articulada en torno del tema central de la obra pues reúne trabajos publicados en distintas épocas y revistas o presentados en diferentes reuniones, ofrece ventajas desde algunos ángulos. La primera de ellas es la reunión en un mismo ejemplar de un número variado de cuestiones vinculadas con la inmigración temprana de los italianos y la primera etapa de la entrada masiva. La segunda es, si se quiere, de índole más íntima aún cuando trasciende a la esfera de lo público, y tiene que ver con la maduración del investigador que trabaja sobre la misma temática durante varios años. En este sentido los logros son evidentes.

La obra reúne los siguientes trabajos, que conforman un capítulo cada uno: 1. La emigración italiana a la Argentina y Uruguay en el siglo XIX. Un enfoque comparado (año 1990); 2. Políticas migratorias argentinas y flujo de población europea (1876-1925) (año 1989); 3. Las cadenas migratorias italianas: algunas reflexiones a la luz del caso argentino (año 1987); 4. Discutiendo las relaciones entre los italianos y la sociedad argentina. Problemas de modelos y de fuentes (año 1990); 5. Los orígenes de un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca, 1830-1870) (año 1989); 6. Participación y conflictos en las sociedades italianas de socorros mutuos en Buenos Aires y Santa Fe (año 1985); 7. Programas y políticas de la primera elite italiana de Buenos Aires (1852-1880) (año 1989); 8. Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del siglo XIX (adelanto de un tema en estudio).

Como se observa, los temas son de diversa índole y cobertura temporal. No obstante, y dado que no resulta de interés realizar un comentario de cada uno de los trabajos pues sería tedioso para el lector que, seguramente, encontrará mucho más interesante la lectura directa, haré unas pocas observaciones.

La primera y obvia es el haber resaltado el importante papel de la llamada inmigración temprana, en especial la ligure, en Buenos Aires y el Litoral argentino (y uruguayo) y su inserción en la sociedad rioplatense, que estará llamada a abrir un ancho cauce a los emigrados políticos primero y a la inmigración masiva después y que quedará casi sepultada por ella. Dichos marineros y comerciantes, y algunos de ellos hábiles también en vincularse rápidamente con los grupos de poder nativos, su acción fue enriquecida por la llegada de otros migrantes peninsulares cuya filiación ideológica, más emparentada con las utopías republicanas o liberales que con las monárquicas, servirá a una aceptación general por los miembros de la elite local, enfrascados ellos también en las discusiones de la organización del país y de los modelos adecuados para adaptarse más fácilmente a la modernidad (en términos sarmientinos, a la civilización). No resulta para nada obvio esta impronta itálica en esta parte del país cuya elite, preocupada por poblarlo, tenía ante sí la prueba palmaria de que la utopía podía cumplirse. Si bien el cosmopolitismo de Buenos Aires no fue una novedad del siglo XX —ya a fines del siglo XVIII había aquí muchos extranjeros— el “pluralismo cultural” se había puesto en marcha. Irlandeses, vascos, junto a algunos británicos, franceses y belgas se constituyeron, junto a los peninsulares, en la avanzada del discutido y discutible crisol de razas. En este sentido y en este contexto la inmigración de masas fue más una continuidad que una ruptura. Y el señalamiento de este hecho —para nada insignificante— es uno de los grandes méritos del contenido de la obra, que ayuda a entender, entre otros fenómenos, la siempre vigente ruptura cultural entre el interior hispano-mestizo y el Litoral, pero sobre todo Buenos Aires, siempre tan bien regado por las diversas culturas.

Sin desmerecer ninguno de los trabajos presentados, considero no obstante que los artículos (o capítulos) referidos a las redes sociales (las cadenas migratorias y la trama urbana y las asociaciones) ocupan un lugar destacado por sus implicancias históricas, teóricas y metodológicas.

En especial el capítulo 4, que sin ser tal vez el más original realiza un balance preciso de los marcos conceptuales que han abordado el proceso migratorio —las cadenas migratorias con sus distintas concepciones—, así como de los procesos de adaptación-integración-encapsulamiento que dieron lugar a las teorías del crisol de razas, del pluralismo cultural y de algunas otras variantes. Definición de conceptos, utilización de fuentes y uso de variables —como la del matrimonio, por ejemplo— son puestos bajo la lupa a la luz de los conocimientos sobre los italianos, hecho con inteligencia, rigor y comentarios sugerentes. Las dudas emergentes constituyen un buen estímulo para los estudiosos.

En suma, esta obra reúne una serie de artículos y ensayos que se colocan en ese margen historiográfico tan rico surgido de la relación entre la macrohistoria, los grandes problemas y la microhistoria, la historia de la gente común, la hacedora de la vida cotidiana, lo que constituye un atractivo más para el científico social y el lector.

JOSÉ LUIS MORENO

Filippo Barbano, Carlos Barbé, Mariella Berra, Mabel Oliveri, Elke Koch-Weser Ammassari, *SOCIOLOGIA, STORIA, POSITIVISMO, MESSICO, BRASILE, ARGENTINA E L'ITALIA*, Milán, Franco Angelli, 1992, 488 páginas.

Los autores de este libro abordan aspectos del análisis de la dimensión simbólica en tres sociedades latinoamericanas y —lo que constituye uno de sus aportes más novedosos— en sus relaciones con Italia. Inscritos en un campo de interrogación —que en estos últimos años preocupa y seduce a estudiosos provenientes de distintas disciplinas y de diversos paradigmas teóricos—, procuran eludir la tradicional historia de las ideas al otorgarle centralidad en el interior de la trama que dibujan a un positivismo polisémico que deviene tanto en un trazo grueso en relieve como en un referente ineludible —particularmente en las reflexiones preliminares de Filippo Barbano (*Introduzione. Sociologia, positivismo, postmodernità*)— para las incertidumbres que atraviesan al pensamiento actual. Si la perspectiva comparatista entre los tres ámbitos nacionales de los países latinoamericanos sólo aparece practicada en escorzo a lo largo de cada una de las investigaciones (respectivamente elaboradas por Mariella Berra, *Sociologia e scienza politica in Messico. Le influenze culturali italiane*; por Elke Koch-Weser Ammassari, *La comunicazione interculturale nelle scienze sociali: Italia e Brasile 1850-1930*; y por Carlos Barbé y Mabel Oliveri, *Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino a la crisi del positivismo*) y, por ende, se circunscribe, en cierto modo, al esfuerzo integrador que F. Barbano lleva a cabo mediante una operación que oficia al mismo tiempo de apertura, síntesis, planteo de cuestiones abiertas a próximas y esperadas relecturas, es necesario destacar un supuesto metodológico compartido por el conjunto de estos investigadores. Esto es, el desplazamiento del análisis de los procesos culturales basado en la perspectiva que acentúa, en el caso italiano y de los países latinoamericanos, la tendencia a una imitación acrítica y una consiguiente subalternidad irreflexiva respecto de los centros prestigiosos y prestigiados del saber por el abordaje del intercambio intercultural de las ideas como proceso comunicativo interactuante. Pero, además de sumarse a la puesta en crisis de la atribuida pasividad asignada al momento del consumo-recepción en el recorrido que media entre la producción y la circulación de bienes simbólicos, proponen una reconsideración del "eclecticismo", marca bajo la cual puede colocarse a buena

parte del pensamiento moderno italiano y a la totalidad del pensamiento latinoamericano. Dicho eclecticismo podría ser interpretado no tanto como manifestación de una debilidad intrínseca a dichas sociedades, sino más bien como una disposición crítica y antidogmática en la confrontación de éstas con los productos culturales de "importación" y, por lo tanto, en un antídoto contra la unilateralidad. Quizás el ejemplo colocado más en el límite de este objetivo se relacione con la recepción de Comte en Brasil. No obstante Elke Koch-Weser Ammassari logra diferenciar la desigual lectura regional e institucional de aquellos que toman como referencia al Comte del *Cours de Philosophie Positive* y los acólitos del *Système de Politique Positive* cuyo subtítulo era *Traité de Sociologie instituant la Religion de l'Humanité* (pp. 161-163).

Aunque el eje articulador se conforma en torno de la progresiva institucionalización de las ciencias sociales, y especialmente de la sociología —atendiendo tanto a la competencia disciplinar en un árbol del conocimiento donde la medicina y el derecho tradicionalmente ocupan los sitios privilegiados cuanto a la lenta profesionalización de los sociólogos—, la incursión en los contextos históricos nacionales de los tres países latinoamericanos los lleva a formular la hipótesis según la cual, a diferencia del Viejo Mundo donde la investigación social nace como expresión de reflexión teórica, aquí parece haber ocurrido lo contrario. Es decir, el desarrollo de una sociología más sistemática se vincularía con las demandas empíricas emergidas desde la sociedad política y desde la sociedad civil. Sin duda este enfoque del problema tiene implicancias no sólo en las periodizaciones relativas elaboradas para cada caso nacional particularizado, sino también en la selección de los prerequisites que incidirían en las condiciones de posibilidad de los discursos positivistas. En este último sentido, se relativizan las determinaciones estructurales (tratadas de manera extensa y en especial por Mariella Berra a través de los debates a propósito de la posición sustentada por Leopoldo Zea en México) para abrir paso a una visión más compleja donde se ponderarán los condicionantes politicoculturales.

En cuanto a la formación de las ciencias sociales, los tres países latinoamericanos tendrían en común, entre sí y con Italia, un largo período de "cultura social" o de "pensamiento social". Se entiende por tal el uso del "saber" como fuente de orientación de la vida cotidiana de una colectividad. Así, parafraseando a Alejandro Korn, se habría constituido un positivismo *avant la lettre* durante la primera mitad del siglo XIX que se imbricaría, a modo de genealogía anticipatoria, con el pensamiento sociológico comprendido como patrimonio de conocimientos metódica y conceptualmente desarrollados sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. En cierto modo, la emergencia de la sociología se vincularía con la positivización de la esfera y la cultura jurídica, situación que contribuiría a explicar la difundida y recurrente alusión a la Escuela penal y criminológica italiana representada por los multicitados Lombroso, Garófalo y Ferri. Precisamente, en el caso de Brasil Elke Koch-Weser Ammassari alude a la importancia asignada a éstos en el texto de Viveiros de Castro: *A Nova Escola Penal* (1983), y a la dedicatoria a los tres maestros italianos que preside el volumen *As raças humanas e a responsabilidade penal* (1984) del organizador de la Escuela penal de Bahía, Raimundo Nina Rodrigues, profesor de medicina legal y colaborador del centro de documentación lombrosiano de Turín (p. 179). En tanto, los argentinos, tal como lo señalan Carlos Barbé y Mabel Olivieri, entablan una relación más crítica aunque ello no es un obstáculo para que se impliquen con los italianos en un gesto de legitimación mutua. Por una parte, la tesis de A. Dellepiane, *Las causas del delito* (1892), es comentada encomiásticamente por Lombroso y Ferrari (p. 338), mientras la relación con la escuela lombrosiana de antropología criminal se establece a través de la revista *Criminología Moderna*, fundada por el militante anarquista P. Gori en 1898, que bajo la dirección de J. Ingenieros se transformará en *Archivos de criminología, medicina legal y psiquiatría* (p.

292). Ahora bien, los estudiosos italianos que le resultan más significativos a Ingenieros son A. Loria (y su concepción de la lucha por el predominio entre dos fracciones de la clase dominante y la posibilidad de una comunidad transitoria de intereses entre una de ellas y el proletariado, p. 297) y E. Morselli, que ya había sido un referente importante para las reflexiones predurkheimianas de J. M. Ramos Mejía sobre el suicidio (p. 277).

Una mirada a estas últimas cuestiones que capturan la atención de Ingenieros y de Ramos Mejía son indicativas de la múltiple interrogación a que eran sometidas las lecturas que circulaban en la búsqueda de respuestas que, como analizan Barbé y Olivieri para el caso argentino, dieran cuenta de los problemas derivados de la construcción del Estado (su estructura jurídico-administrativa), de la construcción de la nación (los vínculos de fidelidad al naciente sistema y la formación de identidades colectivas), y de la conformación de una sociedad civil que se habían propuesto reinventar (inmigración masiva mediante). Aunque existen diferencias entre los tres países abordados, es indudable que todos están atravesados por la pregunta por la identidad relativizando, en buena medida, las respuestas biologists-racistas para otorgar una importancia fundamental a la educación. Además, el positivismo aparece vinculado con el proceso de secularización de la vida pública y el avance del laicismo: una muestra de ello son los debates sostenidos en los años ochenta en México, Argentina y Brasil. Lo que los autores de las distintas secciones del libro intentan destacar es la insuficiencia de la adscripción del positivismo —en la rearticulación local de sus diferentes versiones (Comte, Darwin, Spencer, Le Bon, Tarde, Sighele, Lombroso, Garófalo, Ferri, Loria, Durkheim)— a una mera ideología de Estado o de una clase social.

El hecho de que en México se registre una mínima inmigración italiana y de que las relaciones entre investigadores italianos y mexicanos sean muy recientes, a diferencia de Brasil, y sobre todo de Argentina donde el movimiento inmigratorio de origen itálico fue masivo, sumado a la ya histórica vinculación de los intelectuales de ambas orillas del Atlántico se traduce en los distintos niveles de problematización y en los resultados desiguales logrados en los trabajos que componen este libro. Por cierto, se usaron indicadores comunes en busca de la constitución de indicios que permitieran imaginar el intercambio de ideas: las redes de distribución de textos —con el problema *ad hoc* de su traducción— las dotaciones de las bibliotecas, las citas y referencias a pie de página de las obras más incisivas, los elencos de los profesores universitarios y el análisis de sus programas y manuales, y, en cierta medida, la lectura de las revistas y de la producción de los representantes más conspicuos del positivismo local. En ese sentido, a diferencia de las secciones a cargo de Elke Koch-Weser Ammassari sobre el Brasil y de Carlos Barbé y Mabel Olivieri sobre la Argentina, es más marcado el carácter exploratorio inicial del aporte de Mariella Berra para México. En tanto, Barbé y Olivieri se propusieron reservar “una gran parte del espacio a mostrar más que a demostrar, a describir más que a juzgar, en la convicción de que el estado actual de los estudios sobre el argumento de nuestra investigación estimulase una relectura integral del conjunto del material que hemos comentado” (p. 387) y construyeron, en correspondencia con estos objetivos, un sistema de citas que se convierte en una verdadera trama paratextual de referencias ricas para los estudiosos de estos problemas. Como consecuencia de ello es posible formular algunas consideraciones. A modo de ilustración, cabría señalar la necesidad de matizar, y aun reinterpretar, una periodización-genealogía ya tradicional en la historiografía del positivismo argentino profundizando el análisis de las obras de los llamados “clásicos del pensamiento social” (Echeverría, Sarmiento, Alberdi), o complejizando el período de crisis del positivismo tanto en la entrada y acogida un tanto más temprana de Bergson del momento en que lo sitúan, como en los entrecruzamientos del espiritualismo que alcanzan a un amplio arco de la intelectualidad y

donde la vinculación con México abriría un filón interesante. (Baste mencionar el caso de Vasconcelos, que residió largamente en la Argentina y que fue uno de los cofundadores del Ateneo de la Juventud a partir del cual encabezó la reacción antipositivista mexicana.) Así también, en otro orden de cuestiones, realizando una interpretación menos lineal, por ejemplo, de la polémica Justo-Ferri, o bien, atendiendo a la impregnación del pensamiento positivista en las representaciones de la sociedad argentina elaboradas por los militantes anarquistas letrados.

El libro comentado despliega una mirada en panorámica que constituye un aporte valioso donde se practica la investigación empírica al tiempo que se intenta avanzar hacia la construcción de pautas interpretativas. Resulta estimulante volver a interrogar una tradición cultural complejamente articulada durante los procesos de modernización de los países analizados, así como este acercamiento —realizado por múltiples guías de entrada— a los resultados relativamente diferenciados de su opacamiento y aun de su puesta bajo sospecha.

LETICIA PRISLEI

Donna J. Guy, *SEX & DANGER IN BUENOS AIRES. PROSTITUTION, FAMILY AND NATION IN ARGENTINA*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991, 260 páginas.

Este libro es, probablemente, uno de los mejores intentos de contextualizar la prostitución en nuestro país en el período que va desde fines del siglo XIX hasta mediados del nuestro. Guy ejercita su análisis bajo la explícita advocación de “historia y género” y, por lo tanto, utiliza herramientas conceptuales que no han estado presentes en las miradas históricas precedentes para el abordaje del problema. Sólo por ello ya el texto conquista un lugar renovador y marca una profunda diferencia con sus antecedentes.

En rigor, no disponíamos de un examen abarcador que situase debidamente la evolución de este fenómeno tan agudo en nuestra sociedad desde las décadas de 1890 hasta mediados de la de 1930. Desde el inicio Guy nos previene sobre la tentativa: no es una historia de la prostitución sino cómo algunas mujeres son forzadas —merced a una tortuosa historia biográficosocial— a realizar el comercio de su propio cuerpo en un contexto complejo de tensiones relacionadas con el trabajo femenino, el surgimiento de la clase obrera y su sentimiento frente a ese trabajo, y de dictados relacionados con la organización familiar y la creación de la ciudadanía provenientes de poder político. El telón de fondo es la búsqueda normativa de una identidad de Nación, paradójica frente al carácter aluvional de la inmigración con características bien conocidas, entre ellas la de producir, por algunos momentos, desequilibrio sexual. La nueva sociedad argentina experimenta —y en gran medida Guy se esfuerza por ponerlo en evidencia— procesos “constructores de género”, de la misma manera que “el género construye políticas”, utilizando la aguda perspectiva que se ha tornado ya clásica, de Joan W. Scott.¹

La prostitución y el imaginario sobre ella revelan procesos directamente vinculados a esas construcciones, ya que constituyó un fenómeno sobre el que fecundaron discursos y dispositivos —médicos, jurídicos, políticos— de largos efectos sobre los géneros en la sociedad

¹ J. W. Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, en: *American Historical Review*, diciembre de 1986, 91, 5.

argentina. Si ello fue verdad para todas las sociedades occidentales, para las cuales pudo llegar a pensarse —como lo hizo el pensamiento socialista y el radicalizado, librepensador y anarquista— que la prostitución no era otra cosa que el reaseguro de la institución matrimonial, las singulares condiciones de la Argentina parecen haber sido un escenario ejemplar de agudización del problema.

En el capítulo I Guy reconstruye con minucia “el camino de Buenos Aires”. Entre los “cucos” que asaltaban a las familias europeas, sobre todo las más asediadas por la inmigración, se hallaba la perspectiva de seducciones de muchachas en trayectos largos o cortos. Las amenazas se tradujeron en situaciones brutalmente reales para miles de jóvenes, en especial del Este europeo, aunque para ello no fue necesario ni siquiera salir de la aldea. Guy narra bien el riesgo que corrían sobre todo las mujeres judías jóvenes cuyas comunidades atravesaban una situación particularmente dramática en países como Polonia al que recurrían los tratantes. El análisis no olvida señalar el contexto económico, social y cultural que propiciaba la disponibilidad de las muchachas judías en esas regiones de marginalización de la etnia, y cómo la propia ley judía reforzaba ese estado de disponibilidad. La falsa promesa del casamiento —que con certeza no pocos podían reconocer pero cerraban los ojos— fue una de las fórmulas más transitadas, y la base de muchos problemas para quienes se enfrentaban a la “esclavitud blanca”.

Guy recorre las perspectivas teológicas —San Agustín y Santo Tomás de Aquino— para situar los marcos del debate sobre cómo debía encararse la prostitución en las sociedades católicas y protestantes, y encuentra así los estímulos que llevaron a la católica sociedad argentina a legalizar el funcionamiento de los prostíbulos. Creo que esta adscripción religiosa es discutible, porque justamente no hace justicia a la propia perspectiva de análisis de Guy en el sentido de que más que en la religiosidad había que pensar en los particulares del ordenamiento institucional argentino —familiar, sanitario, urbanístico— intenso en ese periodo.

El capítulo siguiente sitúa los esfuerzos de *The Jewish Association for the Protection of Girls and Women* fundada en Londres en 1885, una de cuyas principales preocupaciones fue la región sudamericana, entre otras organizaciones, y los trabajos de Rosalie Lighton Robinson en nuestro medio, así como el debate parlamentario en torno de la trata de blancas y las posiciones abolicionistas del socialismo, en particular la posición parlamentaria de Alfredo Palacios.

El capítulo 2 descubre el universo de las llamadas “mujeres peligrosas” —mayoritariamente extranjeras— en las décadas finales del siglo XIX y primeros años del XX, y su crecimiento numérico en áreas que poblaron de inmigrantes hombres, como es el caso de Buenos Aires, y en las cuales las enfermedades venéreas estaban a la orden del día. Guy documenta bien el crecimiento de la mortalidad por sífilis. Surge con fuerza en los círculos dominantes una asociación entre el peligro que representa la clase obrera naciente y las prostitutas.

En el capítulo 3 la autora desarrolla de manera muy inteligente las asociaciones entre los disturbios de salud que afectan el “cuerpo social” —las enfermedades venéreas—, el discurso del higienismo del periodo —que no es unívoco— y la criminalidad. Es evidente que la criminalidad está bajamente asociada con la vida prostibularia, y que, en cambio, muchas instituciones (sobre todo las de la seguridad) están ligadas a la corrupción y a la propia trata de blancas. Se examinan las posiciones de las mujeres socialistas, o muy próximas, como Paulina Luisi, Alicia Moreau, Petrona Eyle (quien llegó a presidir la Asociación Argentina contra la Trata de Blancas entre 1917 y 1928) y de instituciones como la Liga Argentina de Profilaxis Social.

En otro capítulo se abordan, entre otras cuestiones, los cambios en el sentido de la inmigración de las mujeres que ejercen la prostitución: a medida que avanzan los años veinte decrece la

inmigración judía, empieza a disminuir el número de prostitutas oriundas de los países eslavos mientras muchas jóvenes argentinas ejercen la prostitución en Europa. La antigua organización de tratantes judíos, la Sociedad de Varsovia, que hasta disponía de una sinagoga, origina la bien conocida Zwi Migdal. Ésta ejerce una influencia similar a la de la "mafia" ya que penetra osadamente el poder político y el sistema de seguridad, algo que es objeto de preocupaciones nacionales e internacionales entre otras del célebre investigador Albert Londres. Los debates se alargan y nuevamente buena parte del protagonismo recae en hombres del socialismo, como es el caso del "abolicionista" Ángel M. Giménez. La prostitución legítima tiene un ancho paralelo con la clandestina, y numerosos negocios corren entre estos andariveles, aunque algo se intenta con la modificación de los aspectos legales de la prostitución.

En el capítulo "Tango, sexo y política", Guy describe las grandes transformaciones traídas por la dictadura. La asociación entre la bohemia creativa, el tango y los burdeles —que se apelan mutuamente— resulta amenazada por una atmósfera de regimentación y control político. Nuevas concepciones sobre el papel de los sexos trae la sociedad de los años treinta, en la que no deja de aparecer una literatura realista —Gálvez a la cabeza— en la que se asocia la prostitución con el anuncio de la rebeldía, lo que no debe ser nada paradójico dada la obsesiva denuncia del anarquismo, fraterno con las pobres víctimas, al mismo tiempo que se señala el camino del trabajo como "redención" femenina. Pero no debe olvidarse que el libro todo está orientado a ver la prostitución como el contramarcó familia-trabajo.

Probablemente el texto más polémico sea el que la autora dedica al fenómeno bajo el peronismo. Con base en la evidencia de los grandes cambios sociales y culturales, surge la hipótesis de que los años 1930-1940 condujeron a una cierta separación de los sexos —hay cada vez más lugares "propios" para cada sexo, empezando por el extendido y masculino espectáculo del fútbol— y se amplía, junto con el sentimiento machista "homofóbico", el temor a su contrapartida la "homosexualidad". Los nuevos "peligrosos" en la sociedad peronista —según la sofisticada idea de Guy— son los hombres, y ello explica la campaña contra los "amorales" en 1954. Aunque la autora tiene en cuenta el enfrentamiento con la Iglesia durante el peronismo, tiende a independizar de ese conflicto tanto la persecución a los homosexuales como la nueva Ley de Profilaxis Social que reglamenta la prostitución. Sostiene que estos hechos constituyen una prueba de que, más que la promoción de la "clase obrera", el peronismo estaba esencialmente interesado en fortalecer la familia, unidad básica de la Nación en la que cifraba su proyecto. La vieja institución de la prostitución debidamente legalizada ayudaba a conformarla, ya que permitía el ejercicio del deseo "masculino" alejando los peligros de la homosexualidad.

Podemos no concordar con estas hipótesis relacionadas con los "hombres peligrosos" y las "prostitutas patrióticas" —hay mucho que explorar en materia de sexualidad en nuestra historia— pero resulta innegable que la historia que Guy ha realizado contiene datos esenciales para proseguir con las interpretaciones. Sin duda, los vínculos entre los sexos en la Argentina contemporánea son una parte sustantiva de los dispositivos institucionales de control y ordenamiento que invaden numerosas disciplinas y temáticas, pero sobre todo reconocidas actitudes y comportamientos. Guy ha incursionado con rigor y pericia sobre la prostitución como una marca fuerte que ha ayudado a permear, queramos o no, la construcción social de los sexos en nuestro medio, y por lo tanto su trabajo no despliega un problema de superficie sino una ponderable tentativa de descender a las profundidades.

DORA BARRANCOS

Jorge Schvarzer, EMPRESARIOS DEL PASADO. LA UNIÓN INDUSTRIAL ARGENTINA, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi, 1991, 309 páginas.

En la última década ha tomado cuerpo y ha ganado prestigio académico una nueva visión sobre el funcionamiento del capitalismo argentino. Esta perspectiva, que tuvo en Jorge Schvarzer a uno de sus principales impulsores, fue formulada hace más de una década por Jorge Sabato en *La clase dominante en la Argentina moderna*, y a partir de entonces toda una serie de trabajos se han inscripto en este paradigma de investigación, profundizando sus hipótesis básicas.

A diferencia de otros enfoques que pretenden explicar los problemas del desarrollo económico argentino, en especial el estancamiento agrario y la industrialización incompleta, a partir de los conflictos entre estrategias de acumulación de capital alternativas y mutuamente contradictorias que opondrían a industriales y a agrarios, o que ponen el acento en los bloqueos que la dependencia externa impondría a un proceso de acumulación autocentrado, esta visión intenta dar cuenta de la magra *performance* a largo plazo de la economía nacional por la diversificación de intereses económicos de los actores más poderosos de la burguesía argentina.

Los intereses complejos de una clase dominante implantada multisectorialmente son aquí la clave explicativa para entender las peculiaridades de una economía que mostró momentos de gran dinamismo y otros de profundo estancamiento. Esta perspectiva intenta señalar cómo la ubicuidad de la clase dominante, instalada simultáneamente en actividades primarias, secundarias y terciarias, habría permitido impulsar esos momentos de auge, pero no habría dotado a cada sector particular de una dinámica endógena que lo impulsara a un crecimiento sostenido mediante la reinversión productiva de las utilidades. De esta forma, la implantación multisectorial de la clase dominante se habría constituido, a mediano plazo, en un obstáculo a la profundización del proceso de acumulación en cada sector y, por tanto, al crecimiento global del sistema económico en su conjunto.

Esta atractiva perspectiva (que aquí se condensa en sus rasgos esenciales no sin riesgo de mutilarla) es la que también preside *Empresarios del pasado*, un estudio sobre la historia de la Unión Industrial Argentina (UIA), desde su fundación en 1887 hasta su normalización institucional luego de la intervención del Proceso de Reorganización Nacional, en 1981. Porque el intento de Schvarzer en este trabajo —a la vez el más ambicioso y el más logrado del programa de estudios del CISEA sobre las corporaciones patronales— es relacionar la estructura organizativa, el modo de funcionamiento y el carácter de los grupos que controlan la UIA, con las características que la clase dominante imprime a la economía nacional. *Empresarios del pasado* se propone analizar la principal corporación de los industriales argentinos en función de unas hipótesis más amplias sobre el capitalismo argentino, y tiene entonces por objetivo mostrar la ausencia de una verdadera clase industrial como sujeto social específico, y la falta de un proyecto industrial autónomo y distinto del proyecto de la clase dominante.

El libro está dividido en dos partes. La primera abarca el período que va desde la fundación de la UIA hasta el enfrentamiento con Perón, que culmina con la renuncia de quien fue su presidente durante dos décadas, Luis Colombo, y la intervención de la entidad. La segunda, el núcleo del trabajo, analiza la UIA desde su reconstitución después de la caída del peronismo hasta su autodisolución en 1974 y su posterior normalización en 1981. La primera parte se basa

fundamentalmente en análisis previos que Schvarzer reformula de acuerdo con sus hipótesis (en gran medida, debido a la falta del principal archivo de fuentes para este tipo de investigación: la propia biblioteca de la UIA, que la institución, en un gesto ciertamente paradójico, cerró y donó a ese Estado al que gusta criticar, quedando a partir de entonces fuera del alcance del público); la segunda, en un profundo conocimiento directo de la entidad, de su dirigencia y de la realidad productiva de la Argentina.

A lo largo de este período casi secular, la estructura económica del país fue sufriendo transformaciones significativas. La Argentina pasó de un alto grado de apertura al mercado externo a principios de siglo a afrontar el cierre de su economía desde los años treinta, promoviendo el crecimiento industrial por sustitución de importaciones en un mercado protegido, que dio mayor peso relativo a la industria y heterogeneizó su estructura. A pesar de que este proceso significó una complejización creciente de la realidad industrial argentina, que indicaba la presencia de un empresariado social y económicamente más diverso, con intereses no siempre homologables, la hipótesis principal de Schvarzer es que estos cambios no impidieron que la UIA continuara presentando ciertos rasgos de continuidad que sobresalen por sobre sus transformaciones.

Entre estos rasgos se destacan, de forma curiosa para una entidad industrial, "su aprobación de ciertas estrategias dominantes que difícilmente pueden considerarse 'industrialistas', sus silencios en torno de temas claves para el desarrollo y consolidación del sector fabril y sus alianzas gremiales y políticas con fuerzas escasamente proclives a la industrialización nacional" (p. 246). Esta indiferencia con respecto a la consolidación de un interés sectorial que tome por objetivo el desarrollo industrial —y a los industriales como sus portadores privilegiados— se explica según Schvarzer por la relación particular de la entidad con el empresariado: si bien ésta no es tratada como un "sujeto autónomo", como se propone en el prólogo (p. 8), tampoco se la concibe como representante del sector industrial en su conjunto. El autor nos presenta a la UIA como pieza de una estrategia más amplia de control de las corporaciones por parte de la clase dominante; como una institución dirigida por un reducido grupo de grandes empresarios pertenecientes a las elites tradicionales, propietarios de establecimientos industriales —en especial alimentarios, textiles y metalúrgicos— pero también de empresas que actúan en otras esferas, como las finanzas, los seguros y la actividad agropecuaria.

La dirigencia de la UIA, un "grupo de control" que se ha reproducido endogámicamente al frente de la entidad, aparece entonces como "un conjunto de individuos de similar origen, basados económicamente en grandes empresas y con intereses no siempre industriales y dotados de estrechas relaciones con el poder político" (p. 208), que hacen funcionar a la entidad ya desde su origen más como un "club político" de empresarios con intereses diversificados que como un representante corporativo de intereses generalizables al conjunto del empresariado industrial.

La historia que se narra en *Empresarios del pasado* puede ser concebida como la del férreo control de la UIA por un pequeño grupo de individuos, y esta visión conduce fácilmente al maquiavelismo. Sin embargo, Schvarzer ha sabido escapar a este camino tan tentador como estéril a la hora de entender el capitalismo argentino y sus agentes principales. La razón de tal acierto parece clara: si bien se trata de un análisis institucional en el que el autor vuela todo su conocimiento empírico de las elites argentinas (manifiesto en el trazado de los vínculos familiares, económicos, sociales y políticos de los principales dirigentes de la UIA) para investigar la lógica de una corporación, éste se apoya en un amplio conocimiento de la economía argentina y en un sólido modelo de funcionamiento de la misma que limita esa tentación en todo lo que tiene de improductiva.

De este modo, el libro (así como el conjunto de estudios del CISEA del que es parte) permite una mejor comprensión del accionar de las corporaciones del empresariado. Pero también construye una imagen de los empresarios que desestima el conflicto, que insiste más en la unidad que en la diferencia, y que nos plantea interrogantes sobre la conducta de aquellos industriales que se vieron sistemáticamente marginados del control de la entidad, y de los que no se vieron representados por las políticas que la UIA fomentaba. ¿Carecieron del poder necesario para desafiar a la conducción, de las herramientas intelectuales para hacerlo, o ni siquiera se lo propusieron? ¿Optaron siempre por organizarse fuera de ella, en otras corporaciones, como la CGE? ¿Qué pasaba cuando ésta no existía? Las fuentes que Schvarzer utiliza, muchas de ellas la memoria de la propia UIA, no son las más idóneas para dar respuestas a problemas de este tipo. Por otra parte, parece probable que la "ley de hierro de la burocracia", esa tendencia de las elites a auto perpetuarse en los puestos de mando, que según Schvarzer se confirma en el caso de la dirigencia de la UIA, esté presente también, por ejemplo, en esa institución cuyas bases sociales nos parecen tan distintas, la CGE. Quizás una mirada más atenta a los empresarios y a las corporaciones que no forman parte de lo que en este libro se llama la "clase dominante" nos devuelva una imagen más compleja del empresariado y el capitalismo argentino, y más específicamente, de la relación entre esta "clase" y el conjunto de la burguesía; aspectos no menores de una realidad que no cesa de perturbar a quienes, como Schvarzer, consideran que las explicaciones unilaterales de la decadencia argentina no suelen ser ni las más rigurosas ni las más productivas.

ROY HORA

Leonardo Senkman, ARGENTINA, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y LOS REFUGIADOS INDESEABLES, 1933-1945, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, 446 páginas.

Leonardo Senkman, actualmente profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, presenta en este libro una versión ampliada de su tesis doctoral, defendida hace un par de años en la Universidad de Buenos Aires. Se trata del primer tratamiento sistemático y exhaustivo de la cuestión de los refugiados judíos centroeuropeos en Argentina en los años de ascenso del nazismo al poder y de la Segunda Guerra Mundial.

El tema es doblemente importante. Primero, por el lugar que Argentina había tenido como sitio de destino para los judíos en la etapa de la inmigración masiva, así como lo tendría en el período analizado por Senkman, cuyo resultado fue la constitución de una comunidad judía que en el territorio americano sólo fue superada numéricamente por la de los Estados Unidos de América. En segundo lugar, por el papel tanto de los inmigrantes como de los refugiados judíos de diversas nacionalidades en la construcción de la sociedad argentina del siglo XX.

Senkman organiza el tratamiento del tema en torno de dos núcleos. El primero es el de los factores de expulsión de los judíos centroeuropeos a partir de la llegada de Hitler al poder. El segundo consiste en el análisis de las dificultades que encontraron aquellos que eligieron refugiarse en Argentina, en particular por las políticas estatales de inmigración de nuestro país durante esos años.

Senkman analiza la situación de los judíos centroeuropeos a partir de la llegada de Hitler al poder y el efecto de "expulsión" que esto provocó en las primeras migraciones hasta 1941. Entre 1933 y 1938 se trató primero de refugiados que huían del ascenso del nazismo, luego de las consecuencias de la sanción de las leyes raciales de Nüremberg en 1935. Más adelante, a partir de 1939 y hasta 1941, se produjo un movimiento de huida como respuesta a la expulsión de hecho decretada por las autoridades alemanas contra la población de raza semita. En esos últimos años los judíos en el territorio de la Gran Alemania (Alemania, Austria, Checoslovaquia y Polonia) sufrieron todo tipo de vejámenes. Fueron puestos bajo la prescripción del toque de queda en horas nocturnas y se les impusieron severas restricciones a la adquisición de productos de consumo imprescindibles. Judíos apátridas y polacos fueron arrestados, condenados a trabajos forzados y conducidos a campos de concentración. En esos años la política alemana consistía en agobiar a los judíos con medidas para ahogarlos económicamente por un lado, y por ese medio impulsarlos a abandonar el territorio de la Gran Alemania con el objetivo de vaciarlo de esa raza. En cambio, entre 1942 y 1944, la puesta en marcha de la "solución final", es decir el aniquilamiento de los remanentes de la población judía en los territorios controlados por Alemania generó un ciclo de huida desesperada. La cuestión básica para los que huían era conseguir los permisos de entrada en los países del hemisferio occidental. El aspecto más novedoso e interesante del libro de Senkman se encuentra precisamente en este terreno. El autor centra su estudio en las respuestas de los sucesivos gobiernos argentinos y las elites dirigentes hacia estos posibles refugiados. Nos ofrece así un detallado análisis de decretos, actuaciones de autoridades diplomáticas y aun de las jerarquías eclesiásticas. Un número importante de refugiados intentó radicarse en Argentina. Si bien, como producto de la crisis económica de 1929-1930, preocupados por la evolución del mercado de trabajo, casi todos los países americanos habían cerrado sus puertas a la inmigración, Senkman intenta demostrar para el caso argentino la existencia de tales factores como prevenciones étnicas e ideológicas. Es ésta una de las ideas centrales de su libro.

Desde fines de la Primera Guerra Mundial, la cuestión inmigratoria fue una preocupación de las elites argentinas que insistían en la necesidad de una inmigración seleccionada en función de sus aptitudes agrícolas. Esta concepción ruralista de la inmigración, asociada con el proyecto agroexportador tradicional defendido durante la década de 1930, buscaba poner fin a la inmigración libre y espontánea que había caracterizado a nuestro país en las décadas anteriores. Paralelamente, se elaboró un conjunto de consideraciones referidas a cuestiones étnicas y raciales para la selección del inmigrante. En este sentido, existió plena coincidencia entre la ideología de los gobiernos conservadores y la de los grupos nacionalistas de la elite en la búsqueda del inmigrante "deseado" en función de la defensa de un "ser nacional" católico y latino. En el intento por lograr una población más homogénea la nueva fisonomía étnica de los argentinos se basaba en el rechazo del inmigrante no latino, transformado en "indeseable".

Paralelamente, el Estado fue definiendo su política inmigratoria. En 1936 se dictó un decreto destinado a impedir el ingreso de un nuevo tipo de extranjero indeseable: los republicanos españoles, que eran visualizados como una amenaza para la población nacional, en alusión al peligro ideológico que representaban. Durante 1938 se sancionaron dos nuevos decretos especialmente destinados a los refugiados judíos. Uno tenía como objetivo reprimir el ingreso clandestino de refugiados que lograsen entrar a Argentina vía países limítrofes. El otro instrumentaba el rígido control de extranjeros, mediante el requisito de un permiso de libre desembarco otorgado por la Dirección de Inmigración como condición indispensable para que los funcionarios consulares visaran en el exterior los documentos de los eventuales migrantes.

Precisamente en esos años, cuando todavía era legalmente posible la salida de judíos de Alemania llamados por sus familiares directos en Argentina, fueron notables las prácticas arbitrarias y discriminatorias de nuestros cónsules, que impedían sus traslados, aun cuando contarán con los permisos de libre desembarco.

A pesar del inédito trabajo de recolección de materiales y el esfuerzo de interpretación que exhibe el trabajo de Senkman, cabe formular al menos tres observaciones sobre algunos aspectos centrales del libro. La primera es que no se hace justicia a las posiciones divergentes que existen en el mismo gobierno. Así, por momentos Senkman parece prestar atención exclusivamente a las fuentes que prueban el antisemitismo y el carácter discriminatorio de las políticas oficiales; sin embargo, el hecho de que el Poder Ejecutivo Nacional no haya podido impulsar una modificación de la Ley de Inmigración, y haya tenido que recurrir en cambio a decretos y disposiciones reglamentarias para encauzar la cuestión, apunta a una pluralidad política expresada por la oposición parlamentaria que no concordaba con la política inmigratoria, en especial la del presidente Ortiz.

En segundo lugar, el mismo Senkman observa que la cuestión en estudio trasciende el ámbito estatal para abarcar el tejido todo de la sociedad civil argentina de la época. Sin embargo, esta última se halla prácticamente ausente del libro. Hubiese sido particularmente esclarecedor dedicar alguna atención a la actividad de organizaciones como el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y las acciones parlamentarias en la Comisión Nacional de Actividades Antiargentinas.

Finalmente, está el problema de la eficacia y el grado de convicción de los funcionarios en la implementación de la política discriminatoria. Téngase en cuenta que en el período que el autor analiza ingresaron a Argentina entre 30 000 y 40 000 judíos. La suya es, por tanto, una reconstrucción incompleta, que ahonda una y otra vez en las experiencias de los múltiples rechazos, y deja de lado el análisis o aun la simple mención de otras tantas experiencias de signo opuesto que ayudarían a entender mejor la relación entre el Estado y la sociedad civil, y la experiencia de los refugiados judíos que a pesar de todo, finalmente pudieron instalarse en Argentina. Más aún, entre ellos los judíos alemanes no parecen haber considerado que el régimen imperante fuera especialmente discriminatorio y en su recuerdo de la llegada al país destacan la libertad de trabajo de que disfrutaron en esos años (cf. Alfredo José Schwarcz, *Ya pesar de todo... los judíos de habla alemana en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991; véase en particular el capítulo 9).

La publicación de este libro adquiere enorme relevancia por la vigencia renovada de las formas más violentas y extremas de la intolerancia. La tensión presente en la investigación de Senkman entre procesos que se desarrollan a uno y otro lado del Atlántico, se actualiza con el resurgimiento de movimientos neonazis en Europa, alimentados por la generalización de los conflictos étnicos, y por hechos brutales como el atentado a la embajada de Israel en Buenos Aires. A la vez, la reciente apertura de los archivos oficiales argentinos relativos a la presencia nazi en el país precisamente durante los años analizados por el autor, plantea el desafío de profundizar múltiples aspectos esbozados por primera vez de manera sistemática en la obra de Senkman.

DORA SCHWARZSTEIN
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UBA

Beatriz Sarlo, LA IMAGINACIÓN TÉCNICA. SUEÑOS MODERNOS DE LA CULTURA ARGENTINA, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, 154 páginas.

La imaginación técnica es un estudio que se propone explorar un tema no del todo frecuentado en la historiografía argentina, ni siquiera en la que se ocupa con preferencia de la historia de las ideas o de la literatura, ya que busca aprehender en toda la sutil y a veces ambigua complejidad de su desarrollo, la emergencia de lo nuevo en la cultura argentina, la instauración de un régimen de sentido y de valores cuya novedad radical tiende a obturar cualquier intento de hallar sus huellas genealógicas. Esta aparición de rasgos que pueden ser considerados como constituyentes de la modernidad, y que ya han sido estudiados bajo otros de sus aspectos en obras anteriores de Beatriz Sarlo, se cifra aquí en la figura de ese adelanto técnico tan notable que signó las postrimerías del siglo pasado y las primeras décadas de éste. Enfocando sobre todo aquellas tecnologías que por la velocidad de su difusión y por su capacidad de trascender las barreras entre distintos segmentos de la sociedad tuvieron un impacto más amplio sobre la vida cotidiana y la imaginación colectiva, el libro se desplaza entre distintos registros de la realidad histórica, analizando tanto la intrusión de la nueva realidad en el espacio antes vedado de las letras "cultas", como la configuración de una serie de prácticas y saberes populares esencialmente nuevos.

El objeto central no es, sin embargo, el desarrollo histórico de las nuevas técnicas y tecnologías, sino los usos, las imágenes y los sueños que esa tecnología lábil y rápidamente cambiante pudo generar. En este sentido, la dificultad de la apuesta, así como su inmenso valor, reside en el hecho de ser éste un estudio de lo que casi podría llamarse la sombra de una sombra: por un lado de una novedad radical cuyo registro por antonomasia es aquel de lo temporalmente evanescente, y cuyas instancias de surgimiento constituyen los momentos dispersos de un trazado que no llega nunca a constituir un cuerpo de sentido totalmente delineado; y, por otro, de los contornos fluctuantes, inestables, borrosos, de una imaginación fecunda en deseos, ensoñaciones e imágenes, que por su misma naturaleza desafían los esfuerzos que intentan esclarecer sus sentidos.

Captar los rasgos de una transformación cultural cuyas manifestaciones concretas están distribuidas irregularmente a través de distintas formaciones culturales, que por momentos aproximan prácticas, discursos y deseos en un conjunto determinado de saberes, y los alejan en otros, y que siempre participan de la indefinición propia de las zonas de frontera: ésta es una exploración que sólo puede lograr sus objetivos si acepta construir su objeto tanto como registrarlos, si acepta que el documento es tanto un producto del sentido que nosotros anhelamos encontrar en los ambiguos hechos del pasado, como un productor de ese sentido.

La búsqueda que encarna este libro está postulada justamente en función de haber aceptado ese desafío. La mirada dirigida sobre la obra de Quiroga es particularmente iluminadora en este sentido: allí, Beatriz Sarlo analiza la relación entre los nuevos dispositivos estéticos que transformaron el modernismo entre 1900 y 1910 y la afición de Quiroga por la fotografía y los nuevos inventos para así explorar algunas de las formas en que aquella conjunción permitió la incorporación del mundo de la técnica como un material literario legítimo. La originalidad radical de la operación de Quiroga reside en el hecho de haber introducido materiales que conforman un orden imaginario distinto al de sus predecesores y contemporáneos. Su obra literaria, al tematizar una zona de la experiencia que hasta entonces permanecía fuera del campo de visión de la literatura "cultas", ejerció una fractura en el *continuum* estético, y

permitió una ampliación de los recursos miméticos a disposición del escritor. La novedad de Quiroga consiste en su transgresión de las convenciones acerca de lo representable en la literatura culta: al integrar a sus relatos el mundo de la técnica, ha incorporado también a los "primitivos de la técnica" y a los "saberes del pobre". Contesta entonces no solamente un régimen de valoración estética, sino el punto en que este se vuelve consustancial con un régimen de legitimidad social.

En el segundo capítulo explora el lugar de la técnica en la escritura de Roberto Arlt. Entre la obra de Quiroga y la de Arlt no existe ningún progreso temporal: constituyen momentos independientes de ruptura, ya que los regímenes de legalidad estética que determinan las formas concretas de su transgresión son completamente distintos. Participe y heredero de las vanguardias, "a diferencia de otras estéticas industriales, la de Arlt es barroca". Sus materiales también lo son: la suya es una modernidad del todo urbana en contraposición con el amenazante bucolismo de Quiroga, y sus personajes, más que primitivos son "bricoleurs", artífices de un desmontaje del orden existente a través de la mezcla inesperada. Tres aspectos de esta visión renovada cobran particular relieve en el estudio de Beatriz Sarlo: la centralidad de la ciudad, el papel protagónico de los inventores, y las relaciones de proximidad y rechazo que allí se establecen entre los mundos de la técnica y aquellos del ocultismo y la magia.

El tercer capítulo tiene como tema central los medios masivos de divulgación, principalmente la nueva prensa popular, emblemizada por el diario *Crítica* que se dirigía a un mercado básicamente nuevo, y que había hecho de la modernización técnica no sólo un tema para sus columnas sino un elemento concreto de su propia estrategia gerencial. Beatriz Sarlo explora las formas en que estos medios contribuyeron a generalizar para una población más amplia que la elite letrada los últimos avances de la ciencia, así como el papel que ejercieron en la incorporación a la vida cotidiana y a la cultura de los sectores populares de algunas de las innovaciones técnicas de aquellos años, principalmente la radio. Emerge de este examen, por un lado, el dato llamativo de la velocidad con que fueron incorporados los avances técnicos y científicos a las columnas de los diarios, modificando su formato, o generando publicaciones nuevas especializadas en aquellos temas y, por otro, el notable eclecticismo de los contenidos que ocupaban ese nuevo espacio.

La segunda mitad del libro privilegia como objeto de análisis no ya las reelaboraciones discursivas a que fueron sometidas las innovaciones de las tres primeras décadas de este siglo, sino los fenómenos sociales concretos a través de los cuales esa irrupción del mundo de la técnica recibió sus significaciones locales, a la vez que empujaba a una reorganización de prácticas y saberes populares. El primer estudio considera el papel de los inventores en Argentina: figura marginal, que reelaboraba los conocimientos de la cultura alta en un conjunto de saberes cuyo marcado eclecticismo espejaba el rejunte de despojos mecánicos y de aplicaciones *ad hoc* con que esperaba construir su artefacto innovador. Tanto la persecución del "batacazo" como el esfuerzo por producir algo esencialmente nuevo, hacen del inventor una suerte de técnico de la modernidad, especializado en aquello que la define por excelencia: la instauración constante de la novedad.

Este estudio, junto con el complementario sobre la recepción de la radio, el cine y (en estado de proyecto) la televisión en Argentina durante los años veinte y treinta, iluminan una faceta muy poco estudiada de la historia argentina: el punto de intersección entre pautas culturales profundas, transformación científica y tecnológica, y condiciones socioeconómicas. El libro se cierra con un estudio dedicado a ese otro campo de saberes que en la literatura de Arlt convive con los saberes técnicos, y les opone una suerte de contrapunto: el mundo de lo sobrenatural y de lo maravilloso posible: curas milagrosas, espiritismo, ciencias ocultas.

Es necesario, por último, hacer referencia a la estructura misma del libro y al diseño que lo preside, en tanto esos aspectos de la obra —que bien podrían considerarse señas de estilo— pueden servir para iluminar la apuesta metodológica que subyace a ella. Quizá lo que más llame la atención en una primera lectura sea la profunda correspondencia entre el enfoque de la obra y sus contenidos. En la confrontación con un material cuya complejidad deriva de su carácter incoado, evanescente, el libro está dotado de una estructura que le permite aferrar aquellos materiales y colocarlos en el interior de una trama discursiva clara sin por eso violentar la naturaleza original de aquellos. Los discursos sobre la técnica que circulan por distintos ámbitos de la sociedad, las prácticas no siempre del todo conscientes a que dan lugar, las ensoñaciones que buscan expresar ese nuevo mundo y trascenderlo a la vez, éstos son hechos que dejan tras de sí rostros muy poco contundentes, las más de las veces difíciles de discernir: constituyen, vistos desde nuestro presente, un material que —como las voces mezcladas de una reunión oídas desde lejos por alguien exterior a ella— se ha convertido en un ruido de susurros indistintos, de murmuraciones que sugieren pero no dicen. El tema de este libro está construido con un material cuya índole es suscitar la sospecha de que algo ha ocurrido, mientras omite revelar qué puede haber sido ese algo, y cuándo tuvo lugar. Los elementos documentales con que trabaja el libro exigen, pues, una fuerte intervención autoral: deben ser modelados hasta conformarse al molde de las hipótesis previas, deben ser organizados en función de una interpretación. En el despliegue de sus argumentos, en la composición armoniosa de sus partes, esta exigencia ha sido asumida plenamente por el libro, y constituye uno de sus aspectos más notables.

Por ejemplo, los títulos de las dos partes en que se divide la obra, y el diseño global que presuponen, se manifiestan particularmente apropiados. El empleo de la forma plural sugiere no sólo el carácter polifacético de los contenidos abordados en las secciones que nombran, sino que, en el caso particular del término *Historias*, evoca además la permeabilidad con que los discursos sobre los nuevos saberes de la técnica son invadidos por las transformaciones concretas de lo "real", y la manera en que ese registro es a su vez construido por los discursos que buscan representarlo. Estas dos zonas de la experiencia se presuponen mutuamente: se constituyen entre sí en un entramado complejo donde es muy difícil separar los datos concretos de "la historia" de las diversas "historias" que los organizan y que les otorgan su estatuto de existencia. Es esta ambigüedad constitutiva lo que el relato histórico de Beatriz Sarlo logra captar.

De modo semejante, la distribución de los contenidos de la obra a través de seis capítulos autónomos, pero interconectados, contribuye a fortalecer el efecto global de interpretación que produce la lectura del libro. Cada uno tomado en particular conforma una suerte de miniatura, delinea un mundo que parece bastarse a sí mismo y que separado del cuerpo general del libro no sacrificaría su coherencia argumental. Sin embargo, puestos en relación de contigüidad, estos estudios potencialmente autárquicos generan significados distintos de los que integran cada interpretación individual, tomada por separado. Esta proximidad tensa entre los distintos estudios, donde miradas alternativas sobre un mismo objeto conviven con objetos distintos enfocados desde un mismo punto de vista, articula una trama narrativa en la cual la ambigüedad del objeto estudiado no requiere ser sacrificada en aras de una exposición clara y precisa. Pero, además de lograr una concordancia equilibrada entre las distintas exigencias de un estudio como éste, la forma adoptada para organizar los contenidos expresa también en su propia materialidad el hiato que separa el sentido general que puede extraerse de una mirada global sobre la imaginación técnica, y los significados parciales, semejantes al *Lokalvernunft* de Haller, que se inscriben en los elementos particulares con los cuales se ha constituido esa nueva imaginación, y que por no estar limitados en su alcance carecen de vigencia.

En una palabra, el estudio de Beatriz Sarlo logra desentrañar de una manera exhaustiva y sugerente las claves de una instancia cultural cuyo conocimiento es fundamental para entender no sólo el período de la historia argentina que allí se contempla, sino la totalidad de ese pasado. Y más que haber iluminado con nuevos datos un problema ya conocido de antemano o un período y un tema de cuya importancia nadie dudaba, ella ha logrado, como los inventores que figuran tan prominentemente en su texto —y con bastante mayor éxito que ellos— identificar una problemática nueva, introducir un campo de interrogación novedoso en la historiografía y en los estudios sobre la cultura argentina. Su libro marca un punto de partida ineludible para todos los futuros investigadores que se interesen en la historia de la técnica, de la cultura, de las letras o de las mentalidades en la Argentina: instaura lo nuevo.

JORGE MYERS

Enrique Tandeter, COACCIÓN Y MERCADO. LA MINERÍA DE LA PLATA EN EL POTOSÍ COLONIAL, 1692-1826. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1992, 332 páginas.

La vieja discusión acerca de los modos de producción de América Latina es algo que pertenece al pasado —por lo menos, en los términos de generalidad en que fue abordada en su momento— pero creo que no constituyó un esfuerzo estéril. Por el contrario, al tropezar con la naturaleza original y multifacética de la realidad en estudio, el debate fue el punto de partida para la formulación de nuevas vías de investigación y de nuevas propuestas teóricas y metodológicas. En este sentido, los viejos modelos prestaron la utilidad indudable de su función heurística y seguramente no desaparecieron del todo. Tal vez algún día haya que retornar a esas instancias de generalidad sobre bases más firmes, a partir del enriquecimiento del saber histórico referente a problemas circunscriptos y racionalidades particulares, en un juego entre inducción y deducción que permita redescubrir detrás de cada particularidad, el revés de la trama.

Pienso estas cosas bajo la impresión que me ha dejado la lectura del libro de Tandeter. Este autor produce con la madurez de quien ha recorrido aquel largo camino de reflexión teórica. Por ello, no obstante los trabajos producidos en Bolivia y en diversos países sobre el tema, esta obra se presenta como un análisis global lleno de originalidad. Es, sin duda, la culminación de una línea de investigación que profundiza hasta la raíz los aspectos fundamentales de la materia, para luego ensamblarlos en los lugares correspondientes en un todo coherente e inteligible. Hay que agregar, además, que los cuadros formulados condensan una nutrida información estadística y constituyen, por sí mismos, un valioso aporte de carácter demostrativo. En síntesis: nos hallamos frente a un libro erudito y de alto nivel teórico, basado en una amplísima consulta de fuentes, cuyos resultados son imprescindibles para los especialistas pero con la virtud nada frecuente de ser accesibles también al lector medio.

Los aspectos tratados son muchos y se interrelacionan. La coyuntura internacional del siglo XVIII, favorable a la comercialización de la plata, la reactivación de la minería altoperuana merced a las nuevas técnicas y a la explotación creciente de la mano de obra, el papel del trabajo forzado mitayo en el vértice las expectativas de lucro empresariales, y, junto a él, el sentido complementario del trabajo libre asalariado y la existencia de kajcheo, son algunos de los puntos importantes documentados, registrados cuantitativamente y explicados por el autor. Este esfuerzo de largo aliento recrea un universo complejo en el que, desde el siglo XVIII y especialmente a partir de la

década de 1730, la población indígena y la producción agraria crecieron provocando el aumento en cadena de la circulación mercantil interna y de la demanda de monedas de plata. Este proceso, acompañado por la expansión del comercio transatlántico, resultante de mecanismos económicos y políticos habría de conducir al alza de la producción argentífera y a importantes cambios en la estructura de la industria minera. Los mecanismos del crédito a las empresas y el papel y beneficios de los mercaderes de plata son temas que Tandeter aborda en el capítulo cuarto del libro, donde quedan demostradas las alternativas de la compañía de azogueros, el monopolio del rescate y otros aspectos de la evolución de capital mercantil, de la producción y de las políticas fiscales. El capítulo quinto profundiza la influencia de las reformas borbónicas sobre la minería. De todo ello resulta, como balance final, un cuadro de estabilidad productiva que es contrastado con las características y con las inversiones de riesgo de la minería mexicana de la misma época.

Con respecto a esto último, desde la propia Introducción queda planteada la singularidad de Potosí en la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente en razón de que las empresas mineras tenían una estructura que incluía no sólo a propietarios y trabajadores, sino también a arrendatarios, lo que no se daba en otros centros hispanoamericanos productores de plata. Esa definición inicial deja planteada una línea de exposición que organiza toda la obra. En este sentido, es importante señalar la relevancia destacada que adquiere la mita. Como la producción se fue recuperando en este período mediante un tratamiento especial de minerales de desecho, el trabajo forzado fue fundamental para el logro de niveles de rentabilidad importantes y dio su tónica no sólo a las relaciones de producción sino también a las de propiedad y de distribución. Éste es un tema fundamental para la caracterización del proceso. La propiedad de los ingenios llegó a quedar separada con frecuencia de la gestión empresarial a través del arrendamiento cuyo objetivo principal era, precisamente, el acceso a la cuota de mitayos con que contaba la empresa. Esto ocurrió a partir de una práctica —frecuente desde el siglo XVII— por la cual el mitayo podía eludir su obligación laboral mediante un pago en dinero al minero. El arrendamiento surgió como una opción diferente: cuando no se daba esa forma de excepción laboral, el propietario solía entregar en alquiler a otro patrón sus indios, o bien la mina, el ingenio y los mitayos, según condiciones altamente beneficiosas de primacía de la renta sobre la ganancia y de la especulación sobre la producción. El arrendatario, privado de un margen normal de beneficio, lo obtenía mediante el aumento del trabajo exigido al mitayo. Esta situación, de consecuencias económicas y sociales complejas, es ampliamente tratada en la obra porque ella dio su carácter a la minería potosina, cuya alza moderada en el siglo XVIII no exhibe los “picos dramáticos” de la Nueva España. El empresario arrendatario no tenía mayores posibilidades de efectuar inversiones considerables, ni siquiera en los casos de fomento oficial a este rubro de actividad. En tal sentido, toda disminución de los costos se traducían en un alza de los arrendamientos, situación que llegó a limitar la eficacia de las reformas borbónicas en la Villa Imperial. El análisis ahonda en este aspecto, tan significativo.

En definitiva, la rentabilidad de la industria minera se revela basada íntegramente en la explotación del mitayo hasta el límite del esfuerzo, en contradicción con lo establecido por el régimen legal de la mita. En esta contradicción entre normatividad y praxis se encuadra uno de los procesos determinantes en la organización productiva: el de la emergencia de la mita como verdadero sistema de relaciones de producción en el que el costo de la manutención y de la reproducción queda asignado a las comunidades indígenas, mientras que el salario que se paga sólo alcanza para reconstituir la fuerza de trabajo inmediata. Estas fueron las condiciones en las que se impuso con frecuencia el trabajo a destajo (“tareas” medidas en “montonés” por su peso) y la disminución del tiempo de descanso, tan necesario para el mitayo para la atención de su propia

subsistencia. El autor brinda importantes precisiones en este sentido y muestra los efectos del régimen de tareas; por ejemplo, la duplicación de la producción entre las décadas de 1740 y 1790.

Queda demostrado así que, pese al bajo rendimiento del Cerro en ese período, la renta obtenida del trabajo mitayo era elevada. A este respecto, pese a que el monto real de los salarios superó al de las Ordenanzas en un 41%, las semanas trabajadas excedieron a las de ley en un 167% y los turnos de trabajo, en 285% (pp. 65 y otras).

Tandeter completa numéricamente la evaluación de la renta mitaya por medio del análisis de los costos y excedentes de las empresas mineras. Demuestra, así, que si éstas hubieran funcionado con observancia de las disposiciones legales, sus excedentes a fines del siglo XVIII no hubieran sido del 17,4% como en realidad lo fueron, sino del 0,1%, lo que hubiera significado la inexistencia de la renta y ganancia neta (p. 67).

Las variantes y resultados de esta situación son expuestas en toda su complejidad; las cifras documentan la magnitud de cada factor y la importancia de los intereses en juego. De distintos modos aparecen implicados no sólo los actores inmediatos: mitayos, curacas y empresarios, sino también los representantes de la religión y el Estado: curas y corregidores.

El hecho de que junto a la mita haya habido trabajo libre muestra la complejidad existente también en este orden sin que se oscurezca, sin embargo, la función principal del trabajo forzado dentro del sistema de relaciones de producción. Dada la importancia potencial que Assadourian ha atribuido a la libre contratación laboral en Potosí en las tareas más especializadas, será importante conocer su opinión sobre esta parte del trabajo de Tandeter, de objetivos tan coincidentes. En este sentido, algo que queda planteado y abierto al debate es el hecho de que la coacción laboral estuvo acompañada por resultados no previstos que ofrecieron opciones y oportunidades a los naturales y permitieron el desarrollo de estrategias adaptativas. Éste es uno de los aspectos de gran interés que se puede seguir, sobre todo, a través de la actividad de los mingas o trabajadores libres y de los tumultuosos saqueos de las minas realizados los fines de semana por los kajchas, generalmente indios, pero también mestizos y aun blancos, protagonistas de la producción como actividad popular y del desarrollo de una cultura urbana propia.

En este aspecto, las situaciones que se analizan son de una vivacidad extraordinaria y responden a lógicas en las que se mezclan las expectativas de lucro adquiridas de los europeos con conductas étnicas que no admiten ser explicadas desde perspectivas eurocéntricas, especialmente en función del concepto de feudalismo o capitalismo. Esta problemática es tan relevante que ha contribuido a definir el título del libro, ya que eleva a un primer plano la consideración del mercado laboral.

En relación con otro aspecto, que se vincula, probablemente con la historia de la disciplina y del propio autor, en *Coacción y mercado* se advierte la intención de lograr prescindencia ideológica mediante la elaboración de una historia objetiva, precisa y neutra en sus apreciaciones. A través de la investigación se ilumina todo un escenario y se aportan elementos que, en otros años, hubieran conducido a juicios de valor desde un punto de vista ético, con respecto a conductas y aun a procesos y a estructuras. Pero ahora esa toma de posición es una opción que queda a cargo del lector. A este respecto, si bien es obvio que no todas las lógicas ligadas a la praxis histórica poseen el mismo grado de licitud, su calificación no sería tarea del historiador. Aparentemente, una definición de ese tipo implicaría reintroducir el discurso ideológico en la investigación.

Si esto es o no así y cuáles serían sus consecuencias es otro tema digno de análisis, que se vincula con la situación actual de la ciencia, de la ideología y de la sociedad.

GUILLERMO B. MADRAZO

Lyman Johnson y Enrique Tandeter (comps.), *ECONOMÍAS COLONIALES. PRECIOS Y SALARIOS EN AMÉRICA LATINA, SIGLO XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, 441 páginas.¹

Si en la historiografía europea los trabajos sobre los precios de E. Hamilton y más tarde de E. Labrousse tuvieron un impacto fundamental en el análisis histórico generando un número considerable de estudios y debates sobre el desarrollo de la historia europea², en América Latina este campo ha sido muy poco abordado, a pesar de que ya en la década de 1960 se elaboraron una serie pionera de trabajos³. Posteriormente, el examen de los precios no concitó un interés significativo en los historiadores latinoamericanos.

Este libro basado en el estudio de los precios constituye un aporte importante para el estudio regional en América Latina; ya que, a través de un número significativo de sólidos estudios sobre precios demuestra la importante gama de cuestiones que este tipo de trabajos puede ofrecer para el análisis histórico.

A lo largo de doce artículos se analizan en esta compilación los principales problemas relacionados con el estudio de los precios, tales como los salarios, costo de vida y producto bruto, que no solo resultan claves para el análisis económico, sino también para conocer algo más sobre la evolución social y política de diversas regiones de Hispanoamérica en el siglo XVIII. Los enfoques predominantes abordan el estudio de los precios como base para la medición de la evolución de las condiciones de los mercados tomándolos como un elemento fundamental para verificar las retribuciones económicas y poner a prueba algunas hipótesis teóricas sobre los cambios económicos.

En estos trabajos, podemos distinguir tres tipos de enfoques. En primer lugar, un tipo de enfoque lo constituyen los trabajos que estudian los precios como una variable explicativa de la evolución económica regional. En este grupo Richard Garner examina el comportamiento productivo en México del siglo XVIII a través del estudio de los precios del maíz. Según el autor los precios tuvieron una definida curva ascendente, lo que contribuyó a empeorar las condiciones generales de la economía mexicana. Por su parte, Dauril Alden examina los precios de un grupo de productos de consumo en una región del Brasil colonial. Los precios de Salvador, estudiados por este investigador, muestran un rápido crecimiento desde 1690, crecimiento que se acentúa luego de 1720, cuando la producción minera comienza su desarrollo. Para ese entonces ya se constata una oferta muy insuficiente de bienes y precios en alza. Luego de 1750 la demanda creciente y la escasez de productos importados impulsó un continuo crecimiento en el precio de esos bienes, mientras que los productos locales continuaron su caída.

¹ Existe una primera versión en inglés: *Essays on the price history of eighteenth century Latin America*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1990.

² Earl Hamilton, *American treasure and the price revolution in Spain*, Cambridge, Massachusetts, 1934. Ernest Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle*, París, 1932.

³ Nos referimos a los trabajos de Ruggiero Romano, "Movimiento de los precios y desarrollo económico: el caso de Sudamérica en el siglo XVIII", en: *Desarrollo Económico*, vol. 3, núms. 1-2, Buenos Aires, 1963. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, México, 1969. Aníbal Arcondo, "Córdoba. Une ville coloniale. Étude des prix au XVIIIe siècle", tesis doctoral, París, 1968.

Para el caso de Chile, José Larraín examina los precios de los productos locales y los productos importados durante el período 1680-1808. En el movimiento de precios el autor detecta dos períodos de alza en el siglo XVII, producto de la crisis de la producción en esos años, seguidos por una baja entre 1700-1780. Posteriormente, construye una serie de diezmos y con el índice de precios los deflaciona para medir el producto bruto local. El crecimiento de la producción muestra entonces un ritmo de aumento del 1.2% y del 1.5% entre 1681 a 1763, época en que se consolidó la producción y se estabilizó el mercado externo. Mas tarde, desde 1764 ese ritmo cayó al 0.6%, indicando con ello que la producción estuvo limitada por el tamaño del mercado interno y externo. Desde 1800 la situación de la economía cambió al ampliarse el mercado interno provocando un alza de los precios.

Desde la misma perspectiva pero abordando una temática más amplia, Ruggiero Romano plantea un balance general del movimiento de los precios en el continente americano haciendo una comparación con los precios europeos. R. Romano constata un movimiento inverso entre los precios americanos y los europeos, y asegura que esta originalidad americana se explica por los diferentes ritmos en las fases de expansión de la producción, por la relativa autonomía que alcanza América desde el XVII. Finalmente, alerta sobre la relación entre los precios y el dinero, poniendo en duda la utilidad de la teoría cuantitativa del dinero para las economías americanas coloniales. Por su parte, Javier Cuenca-Esteban examina los precios de los valores de seis productos de la América Española que entre 1790-1820 fueron exportados al resto del mundo. Cuenca-Esteban identifica las tendencias y los ciclos principales de los precios en términos del tamaño de la oferta y demanda mundiales. Para este autor, la evidencia confirma la tendencia hacia el igualamiento de los precios a través de las naciones negociantes y la pronunciada inestabilidad de los precios de los productos agrícolas de baja elasticidad en la oferta y la demanda.

Una segunda modalidad la constituye una serie de trabajos que a través del estudio de los precios enfatizan la relación existente entre el cambio en los niveles de precios, la evolución de los ingresos y la protesta social. En este sentido, Kendall Brown estudia los precios de los bienes de producción local y un conjunto de efectos americanos y europeos en Arequipa. Corrobora la declinación de esta región durante la época borbónica, por lo cual hacia 1780 la producción de vino y aguardiente excedió la demanda, lo que condujo a una disminución de su valor. La situación se habría agravado al darse una sobreproducción de bienes que provocó una caída de los precios, al tiempo que al no haber posibilidades para entrar en nuevos mercados, la demanda se volvió inelástica. A ello se agrego la política fiscal de los Borbones, que al imponer sobre la región mas altos y nuevos impuestos, incrementaron el costo de los productos.

Por su parte, Lyman Johnson estudia los precios y salarios en Buenos Aires a fines del XVIII, con la finalidad de medir los cambios en los ingresos y el consumo de la clase trabajadora urbana. Los precios de los bienes estudiados tuvieron una tendencia al alza sobre todo entre 1777 y 1787. Luego, a partir de 1802 el alza fue aun más severa. De esta forma cuestiona la hipótesis de R. Romano sobre el estancamiento de los precios en Buenos Aires a fines del XVIII. En cuanto al índice de salarios demuestra la existencia de una fuerte tendencia ascendente, que se quiebra solo entre los años 1799-1800. De acuerdo con este comportamiento parecería que los trabajadores bonaerenses experimentaron una brusca declinación en sus consumos básicos.

El trabajo de Enrique Tandeter y Nathan Wachtel suministra precios sobre Potosí para algunos bienes locales e importados. La serie de precios permite observar para los productos ultramarinos una baja a lo largo del periodo. En tanto que los productos americanos muestran una baja del sector textil, otros como la yerba, aceite y sal se estancan. En el caso de los bienes

regionales agrícolas muestran hasta 1760 precios elevados y fluctuantes, luego estos bajan y se muestran más estables. Por último, los productos locales sostienen una fuerte baja. En conjunto se puede establecer que los precios muestran una tendencia depresiva, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVIII. La curva de precios agrícolas es de singular interés, ya que muestra que las rebeliones altoperuanas estallan en un momento de máxima caída de los precios, por lo cual los indígenas enfrentan una difícil situación, ya que con su participación mercantil no pueden procurarse el dinero indispensable para enfrentar sus obligaciones tributarias o de reparto de mercancías. Así se puede observar los efectos diferenciales de los cambios de precios sobre las comunidades indígenas y sobre los europeos.

Brooke Larson estudia la relación entre los grupos sociales de la campaña de Cochabamba. Al analizar el funcionamiento en el mercado comprueba que los grandes propietarios vieron amenazada su renta ante el estancamiento de la economía y la competencia creciente de los pequeños productores agrícolas que vendían su excedente en el mercado. Estos campesinos eran objeto de presión debido al rápido crecimiento demográfico, al tiempo que los terratenientes intentaron manipular la acumulación de los granos arrendando el diezmo como un recurso para monopolizar la oferta y los precios del grano en los mercados. Este enfrentamiento constituyó el motivo rector de la dinámica regional; de esta manera, la elite de Cochabamba acosada por la situación de competencia recurrió a consolidar sus ventajas económicas, concentrando el excedente agrario y el acceso al mercado.

Robert Ferry presenta una serie de precios sobre el cacao venezolano como medio para estudiar la resistencia política de la Compañía de Caracas. La evolución de los precios del cacao justifica el grado de insatisfacción de la compañía. Así, la disminución de los precios del cacao se convirtió en una amenaza para diferentes grupos de sembradores, claro que lo hizo de manera diferencial, llegando en algunos casos a provocar su ruina definitiva. De este modo, los nuevos productores encontraron un momento límite hacia 1740 cuando los bajos precios determinaron que las ganancias de las ventas estuvieran a un nivel inferior al costo de transporte.

Finalmente, tenemos aquellos estudios centrados sobre los aspectos metodológicos y las diversas clases de fuentes utilizadas para el estudio de los precios. Dentro de este enfoque, el trabajo de H. Klein y S. Egerman evalúa la consistencia y debilidad de los numerosos tipos de fuentes, al tiempo que advierte sobre la necesidad de combinar el estudio de los precios con otras series fundamentales como son las del dinero, tasas de cambio, salarios y tasas de interés. Por otra parte, John Coatsworth analiza críticamente los artículos del libro, puntualizando algunos problemas metodológicos. En ese sentido su preocupación se basa en las dificultades de la aplicación de técnicas estadísticas modernas a las fuentes del período colonial.

Esta obra cumple ampliamente el objetivo propuesto por los compiladores; por una parte, resulta un estímulo importante para el abordaje de este tipo de trabajos. Por otra, constituye un aporte significativo para la interpretación de la historia americana colonial, en la medida en que ofrece una variada riqueza metodológica y una excelente síntesis de la evolución de los precios del siglo XVIII, que permite avanzar sobre otros problemas de vital importancia como son el desarrollo regional, la incidencia de la evolución de los mercados en las condiciones económicas de diversos actores sociales y el impacto que recibieron por parte de las políticas estatales a fines de la colonia.

ROBERTO SCHMIT

NOTA A LOS AUTORES Y COLABORADORES

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse al Secretario de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002. Capital Federal, Argentina. En ellos, los autores deberán tener en cuenta las siguientes recomendaciones de presentación:

1) deberán enviarse tres copias del trabajo para su evaluación por árbitros externos al Comité Editor de la revista;

2) el texto deberá ser mecanografiado a doble espacio, en papel tamaño carta, escrito en una sola carilla y con márgenes razonables;

3) la extensión de los trabajos no superará en lo posible las 40 carillas, para los de la sección "Notas y Debates" 20, y para las reseñas bibliográficas 5 carillas;

4) los manuscritos de autores argentinos y latinoamericanos deberán estar escritos en español;

5) los cuadros y gráficos se incluirán en hojas separadas del texto, y en el caso de que se envíen gráficos y mapas, éstos deberán presentarse en su versión final para facilitar su reproducción directa;

6) las citas y notas bibliográficas del trabajo se incluirán al final del texto, en hojas separadas y en el orden siguiente:

a) nombre y apellido del autor, b) título de la obra subrayado, c) volumen, tomo, etc. (en su versión abreviada, vol... t., etc.), d) lugar de la edición, e) editorial o editor (sólo si fuera necesario), f) fecha o simplemente año de la publicación, y g) número de páginas;

7) en el caso de citarse artículos se utilizará el mismo orden indicado en 6, citando entre comillas el título del artículo y subrayando el título de la revista de donde se tomó. En caso de reiterarse la referencia a un libro o artículo, no se indicará las referencias "ob.

cit.", "ibid" u otra abreviatura similar, sino las primeras palabras del título, seguidas de puntos suspensivos:

8) los números van en arábigos y se abreviarán (núm. 2); los volúmenes, en arábigos y se abreviarán (vol. 3); el tomo va desatado y en romanos (tomo x); página se abreviará (p. 8), páginas se abreviará (pp. 8-19):

9) las ciudades y organismos extranjeros que tengan traducción al español, deberán aparecer en esta lengua:

10) las citas no llevarán puntos suspensivos que indiquen omisión de texto al principio y al final; en medio de la cita, la omisión se indicará con signos suspensivos entre corchetes:

11) las expresiones que indican década se escribirán como sigue: la década de 1980; los años ochenta; la década del ochenta. Es el período 1930-1937 y no 1930-37.

**BOLETÍN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Solicitud de suscripción

Suscripción por el año

Nombre y apellido

Domicilio

Código y ciudad

País Teléfono

Adjunto cheque* del Banco

Núm. Por valor de

*a la orden de Facultad de Filosofía y Letras. UBA

cortar aquí

Precios de la suscripción para particulares (año 1993, núms. 7 y 8)

Argentina 25 U\$S
América Latina
y Estados Unidos 33 U\$S
Resto del mundo 35 U\$S

Precios de la suscripción para instituciones (año 1993, núms. 7 y 8)

Argentina 29 U\$S
América Latina
y Estados Unidos 37 U\$S
Resto del mundo 39 U\$S

Los precios incluyen los gastos de envío postal vía aérea.

Toda la correspondencia debe dirigirse a la Secretaría de Redacción del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 25 de Mayo 217, 2do. piso, 1002, Capital Federal, República Argentina.

Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1993 en
Impresiones Avellaneda, S.A., Manuel Ocantos
253, Avellaneda, Provincia de Buenos
Aires, República Argentina.
Se tiraron 1 000
ejemplares

